

SS

SERVICIO SECRETO

GEORGE H. WHITE

ALARMA EN EL CANAL

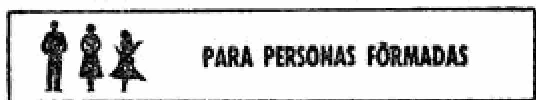
GEORGE H. WHITE

ALARMA EN EL CANAL

1.ª EDICIÓN
MARZO - 1958



E D I T O R I A L B R U G U E R A, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES



PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

295 — El jinete enlutado.

En Colección S. SECRETO:

135 — Noventa horas en blanco. 385 — Máximo secreto.

En Colección BÚFALO:

70 — Hijo del desierto. 181 — La muerte en la grupa. 187 — Todos eran rápidos.

En Colección CALIFORNIA:

73 — La presa.



CAPÍTULO PRIMERO

COMO un monstruo oscilante, a medias entrevisto a través de la niebla, avanzaba por el Támesis el transatlántico «Río de Plata». Las tranquilas aguas del río aparecieron durante algún tiempo agitadas en espumosos remolinos por el paso del barco. Tras él, un blanco surco iba dejando su huella.

Al fin, por vez primera desde Nueva York, se dispuso a tomar puerto. Las máquinas se detuvieron y el barco atracó al muelle. Se extendió la pasarela para facilitar el paso de la visita de sanidad. Más tarde, los resistentes tablones de la pasarela, crujían y se bamboleaban bajo el peso de los pasajeros.

Víctor Olson, destacándose entre la multitud por su elevada estatura, descendió a su vez apoyándose en el pasamanos. Delante de él una muchacha de unos veinticuatro años, morena y bonita, se volvía de vez en cuando para comprobar que era seguida. Ella saltó a tierra y esperó que Víctor Olson hiciera lo mismo, con un suspiro de alivio al sentir bajo su planta la sólida consistencia de la tierra firme.

—Bueno —exclamó—. Ya estamos en Londres.

Los grandes ojos grises de Víctor, salpicados de chispitas oscuras y circundadas de morenas y espesas pestañas, se velaron unos instantes.

—Sí, ya estamos en Londres… —refunfuñó—. Y no creas que

me alegra verte junto a mí. Continúo pensando que debieras coger un avión y volverte a América. Esto no es para ti, Ruth.

Los ojos de la muchacha, muy parecidos a los de su hermano, pero de una tonalidad más clara, se clavaron con enojo en el rostro masculino.

—¿Seguimos con la misma? —murmuró—. Debieras conocerme lo suficiente para saber que, digas lo que digas, no voy a volverme atrás.

En la frente varonil, coronada de oscuros y ondulados cabellos, se formó un pliegue de preocupación. Finalmente se encogió de hombros, y tomando a la muchacha por el brazo la arrastró consigo a través del gentío que llenaba el muelle.

Se dirigieron a la Aduana. Llevaban solo un maletín con lo más indispensable. Lo demás había quedado en el barco.

—Por tres días que vamos a estar aquí… —había dicho Víctor a su hermana.

Cuando terminaron los requisitos de la Aduana, salieron a la calle. Cogieron un taxi. Víctor rogó al chófer que les llevara a un buen hotel. El taxista les midió de arriba abajo como sospesando la calidad de sus clientes.

—Puedo llevarles hacia el «Vest End», al oeste del Temple —dijo. Luego añadió, a modo de explicación—: Es el barrio más elegante de Londres.

Víctor aprobó con la cabeza.

—Pero antes —indicó—, va a llevarnos usted a esta dirección —y le mostró una tarjeta.

El coche se puso en marcha internándose en la populosa ciudad londinense. Poco después se detuvo frente a una señorial mansión situada en la Plaza de Trafalgar Square.

—Haga el favor de esperar —rogó Víctor saliendo del taxi.

Los dos hermanos subieron los escalones que llevaban a la puerta de la casa. Pulsaron el timbre y esperaron. Un estirado mayordomo salió a abrirles.

—¿Mr. Fleming? —preguntó Víctor, entregándole una tarjeta.

El mayordomo desapareció y a los pocos instantes volvía. Les hizo pasar, conduciéndoles a un despacho lujosamente amueblado. Había dos grandes sillones tapizados, y de uno ellos se levantó un

caballero de unos cincuenta años, alto y delgado, que les contempló con curiosidad a través de su monóculo.

—¿Son ustedes los señores Olson? —preguntó.

—Yo soy Víctor Olson. Esta es mi hermana Ruth.

El hombre alargó una mano fina y aristocrática.

—Tomen asiento, por favor —rogó—. Tengo entendido que desean ustedes colaborar en la causa de Israel.

—Somos de origen judío —explicó el joven—. En las medidas de nuestras fuerzas deseamos ayudar a nuestro pueblo; no solo financieramente, pues eso ya lo venimos haciendo periódica y regularmente, sino con nuestra prestación personal y voluntaria. Como ya sabe por mis cartas, estamos realizando un crucero de placer a bordo de un transatlántico. Nuestro barco hará escala en Alejandría, y habíamos pensado…

—¿Jugar a espías, tal vez? —el acento de Fleming iba impreso de un dejo de ironía.

Los dos hermanos dieron muestras de turbación, como si su interlocutor hubiera puesto el dedo en la llaga.

El señor Fleming permaneció pensativo unos instantes. Luego levantó la mirada con viveza, clavándola en el rostro de la muchacha.

—Perdonen que me exprese así, pero deseo asegurarme de que se dan perfecta cuenta de la magnitud de la empresa que desean realizar.

La muchacha se estiró en su asiento mirando a su interlocutor en actitud de reto.

—Mr. Fleming —dijo—, no hemos venido a discutir el motivo por el queremos hacer esto. Puede suceder muy bien, como usted insinúa, que lo hagamos por diversión. Pero lo importante es que lo queremos llevar a la práctica. En último caso, sea o no una diversión, no habremos perdido el tiempo si conseguimos ayudar a Israel.

—¿Y si ocurriera lo peor? —insinuó gravemente Mr. Fleming.

—Si perdemos la vida en esta misión aún llevamos ventaja a muchos de nuestros compatriotas —atajó Víctor Olson—. Nosotros hemos vivido hasta la fecha en medio de la opulencia. Si a partir de ahora la perdemos no habremos hecho sino compensar en parte a

aquellos seres que jamás han conocido el bienestar.

—Está bien —balbució Mr. Fleming—. Yo también soy uno de esos favorecidos por la suerte. Nunca olvidé a mis hermanos de raza, y en las medidas de mis fuerzas les he ayudado siempre. Si ustedes, con su juventud, pueden hacer un poco más… ¡Adelante! Y ahora, pasemos a lo que interesa… ¿Saben ustedes nadar?

Los dos hermanos miraron fijamente a su interlocutor creyendo no haber oído bien. Cuando Mr. Fleming hubo repetido la pregunta contestaron a la vez afirmativamente.

—Precisamente, nosotros hemos practicado mucho la pesca y la fotografía submarina, con escafandra y aletas —manifestó Víctor, ligeramente sorprendido.

—Estupendo. En ese caso hay un trabajo para ustedes —dijo Mr. Fleming—. Se trata de actos de sabotaje. Colocar bombas en los cascos de los buques o algo parecido… En el puerto de Alejandría se puede hacer un magnífico trabajo de esta índole. Una vez allí, un agente judío que actuará de enlace se pondrá en comunicación con ustedes. Él les dará instrucciones.

—¿Cómo le conoceremos? —preguntó Víctor Olson.

—Ustedes no son los que le tienen que conocer. Será él quien se presentará a ustedes cuando lo crea oportuno.

Mr. Fleming se detuvo, como recordando algo. Se levantó y miró a los dos hermanos.

—Ahora, pasemos a otra cuestión —continuó—. Aquí hay dos compatriotas que desearían intervenir en esto, pero no tienen dinero para llevarlo a cabo. Sería una magnífica ocasión para marchar todos juntos. ¿Les financiarían ustedes el pasaje?

—Desde luego.

—En ese caso, esperen un minuto. Es conveniente arreglar esto cuanto antes.

Fue hacia el teléfono y habló con una Compañía naviera hasta que consiguió que le reservaran dos pasajes en el «Río de Plata». Tuvo sus inconvenientes, pues el pasaje estaba completo. Pero le prometieron algún camarote compartido.

Cortó la comunicación y volvió a marcar otro número. Mientras esperaba se volvió hacia los dos hermanos.

—Hay que poner en antecedentes a nuestros compatriotas.

Ignoran que han de partir pasado mañana —explicó. Luego prestó atención al teléfono—: ¿Es el laboratorio «Ufmin»?… El doctor Sordi, por favor… ¿Es usted, Giorgio? Ha llegado el momento de que tome sus vacaciones… Sí, está todo arreglado. Zarpará en el «Río de Plata» dentro de tres días… Sí, ya está en el puerto…sí… el señor Olson de quien le hablé. Bueno, entonces hasta luego… Sí, nos veremos en el «cottagge». ¡Ah! Tráigase también a Paul Aslan.

Colgó y se volvió hacia los dos hermanos.

—No es prudente encontrarnos aquí —explicó—. Existe una extensa red de espionaje árabe. Hasta ahora hemos trabajado con mucha cautela, procurando despistarles. Cuando tenemos que hablar lo hacemos fuera de Londres. Casos especiales, naturalmente. Tengo una hermosa casa, junto a la playa. A nadie extrañará que les lleve allí como invitados.

Llamó a un timbre y, casi al instante, apareció el mayordomo.

—Voy a salir inmediatamente, Tom —le dijo Mr. Fleming—. Prepárame el maletín de costumbre.

Cuando el mayordomo hubo desaparecido, Míster Fleming reanudó la conversación con los Olson.

—Acostumbro marchar con alguna frecuencia. Tom sabe lo que necesito… —fue hacia el cajón de su mesa y recogió unas llaves—. Daré orden para que despidan su taxi. Serán ustedes mis invitados por todo lo que dure su estancia en Inglaterra.

Poco después, corrían carretera adelante en un «Ford» último modelo, propiedad de Mr. Fleming.

A la caída de la tarde llegaban al «cotagge». Era una casita alegre. Pintada de blanco y con las maderas de ventanas y puerta barnizadas en color verde. La circundaba un jardincillo de cuidadas rosas y algunos árboles frutales. La vivienda se alzaba a pocos metros de una desierta playa.

Se detuvo el automóvil y bajaron los viajeros. Al internarse en el jardín oyeron una bocina de auto aproximarse.

—Debe ser Sordi —murmuró Fleming.

A los pocos minutos, un taxi londinense se detuvo frente a la casa. De él descendió un hombre de unos treinta y cinco años, moreno y de escasa estatura. Sus negras pupilas se clavaron interesadas en los hermanos Olson. Un fino bigote cubría su labio

superior.

Se acercó y saludó calurosamente a Mr. Fleming. Este le presentó a los americanos.

—Encantado de conocerles —dijo el doctor con fuerte acento italiano—. Y muy agradecido por su ayuda.

Víctor le rogó que no mencionase aquello. Después de todo no le habían hecho un servicio a él, sino que era en ayuda a Israel.

—El doctor Sordi era un hombre adinerado —explicó Mr. Fleming—. Pero todo lo ha gastado en la causa israelita.

El inglés los introdujo en su vivienda. Allí les entregó a cada uno un equipo de «hombre rana». Iba contenido en una bolsa de goma.

—Es necesario que comiencen a practicar —aconsejó—. Aunque hayan practicado con equipo de pesca, no estará de más que comprueben si estos se encuentran en condiciones de ser empleados.

Esperaron un rato aún, por si llegaba Paul Aslan. Pero este telefoneó diciendo que iría directamente al barco. No podía abandonar todavía la fábrica en la cual trabajaba.

—Está trabajando de mecánico en una fábrica de aviones —explicó Mr. Fleming—. Como el doctor Sordi le conoce, ya les presentará a bordo.

Aquella misma noche se sumergieron en el agua, con equipos de «hombres rana». El traje consistía en una especie de malla de flexible caucho, rematado en los pies y en las manos con una especie de palmitos en todo iguales a las extremidades de los batracios. La escafandra era también de caucho, con una mirilla de cristal inastillable y con una tráquea que iba desde la boca a un depósito de oxígeno colocado sobre la espalda a modo de mochila.

Incluso Ruth había estado practicando, todo el tiempo.

—No creo que será necesario que usted se zambulla —le dijo Mr. Fleming—. Pero hay que prevenir una contingencia.

Regresaron a Londres, justo para subir al barco que se disponía ya a partir. Al subir por la escalerilla los hermanos Olson distinguieron a Giorgio Sordi, que había entablado conversación con un oficial. El italiano había regresado la noche anterior a Londres.

—No sabemos si ese Paul Aslan habrá subido al barco —refunfuñó Ruth mirando a su alrededor, una vez en cubierta—. No sería agradable que se perdiera el importe del pasaje.

Cuando el barco comenzó a dejar sonar el ruido de sus motores y comenzó a mover su inmensa mole, Ruth pensó que tal vez habría quedado en tierra.

Pero Paul Aslan se hallaba ya en su camarote.

A la hora de la cena se encontraron todos en el comedor. Pero no pudieron hablar entre sí. El doctor Sordi estaba sentado en una mesa apartada, al lado de una señorita algo madura que parloteaba sin cesar. Víctor y Ruth simularon no conocerle, puesto que así lo habían convenido. Los hermanos Olson miraban a su alrededor intentando adivinar quién de aquellos caballeros que les rodeaban sería Paul Aslan. Sin saber por qué imaginaron que sería un hombre algo parecido al doctor Sordi. Pero «más ordinario», como dijo Víctor.

Terminada la cena, Víctor y Ruth pasaron a la sala de baile. Una orquesta de «jazz» interpretaba una alegre y cadenciosa pieza. En la pista algunas parejas estaban ya bailando. Los hermanos tomaron asiento en una mesita cercana a la pista de baile.

Pocos minutos después, la distraída mirada de Ruth Olson se clavó con interés en la figura de un joven que acababa de aparecer en la puerta. Era un hombre alto y espigado, rubio, de ojos azules y mirada soñadora, de unos veintinueve años de edad. Ruth le siguió con la mirada mientras el desconocido atravesaba por entre las mesas hasta llegar a una situada en un lugar desde donde podía dominar toda la sala. Se sentó y miró a su alrededor. Ruth apartó la mirada de él.

Al poco rato, volvió a mirarlo y comprobó que él la estaba contemplando con admiración. Las pupilas de la muchacha se quedaron unos instantes prendidas en las azules del desconocido, después las apartó y no volvió a mirarlo más, aunque no le faltasen ganas para ello.

El salón se había ido llenando de pasajeros. Casi la totalidad de las mesas estaban ocupadas. Sin duda, este era el momento esperado por Giorgio Sordi, porque apareció en el salón y miró a su alrededor como buscando un lugar. Simuló no advertir que una señorita algo entrada en años, con el cabello tintado de rojo, le

lanzaba una mirada sugestiva.

Pese a que aquella mesa solo estaba ocupada por una mujer, pasó de largo y se acercó a la de los hermanos Olson.

—¿Me permiten? —rogó en voz alta. Ante la afirmación de los Olson se apresuró a sentarse, aprovechando la ocasión para simular ante el público que se acababan de conocer.

En ese preciso instante, una voz sonó junto al oído de Ruth Olson.

—¿Me concede este baile?

Era el desconocido que había llamado su atención.

Ruth iba a negar con la cabeza, pero Giorgio Sordi intervino:

—No es costumbre en un barco desairar a un caballero, señorita —murmuró el italiano con una mirada llena de intención que pasó desapercibida para Ruth.

Ella le escuchó sorprendida y nerviosa. Se levantó mecánicamente y siguió al desconocido hasta la pista.

—Ese joven que la acompaña… ¿Es su marido? —preguntó él a bocajarro, al mismo tiempo que la enlazaba por el talle.

—Es mi hermano —contestó ella.

—Me alegro —susurró él, lanzando un suspiro de alivio—. ¿Sabe que es usted muy bonita?

Ella guardó silencio mientras él seguía piropeándola. Ella sonrió al fin, ante el entusiasmo del hombre.

—No debe ser usted inglés —bromeó—. Al menos, carece de la tan cacareada impasibilidad inglesa.

Él rio suavemente.

—Pues lo soy —contestó—. Además, soy soltero. Y puede llamarme Paul.

—No era mi intención hacerle la filiación —protestó ella sonrojada.

—Pues yo sí desearía hacérsela a usted —añadió él con picardía —. Querría saber, por ejemplo, de dónde procede… cómo se llama… si ha amado alguna vez… Y quisiera tener la seguridad de que nuestros destinos se han cruzado para seguir su camino juntos.

Ella tembló imperceptiblemente. Las últimas palabras de él habían sonado repentinamente serias. Siguieron bailando, ahora en silencio. Al finalizarse la pieza él la acompañó hasta su mesa. Antes

de retirarse, murmuró en voz baja:

—¿La he ofendido?

—No —contestó Ruth, confusa—. Pero creo que va usted demasiado deprisa.

Él parpadeó al escucharla. Lanzó una mirada hacia el italiano y, murmurando un «gracias», se retiró.

Cuando quedaron solos, Giorgi Sordi se inclinó hacia Ruth.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó interesado.

—Oh, pues… que era bonita… —Ruth estaba sorprendida de la pregunta. Se detuvo. Había comprendido que el doctor no bromeaba y que no era eso lo que había esperado escuchar—. La verdad, no comprendo qué sugiere usted.

—Señorita Olson, ¿que ese joven no le ha dicho quién es? —preguntó con asombro.

—Pues no… —farfulló ella.

—¡Será posible! —se extrañó el italiano. Luego sonrió—. Es Paul Aslan, el hombre que estamos esperando para que les conozca a ustedes. Es indudable que pensó en sacarla a bailar, suponiendo que yo le había indicado a ustedes su personalidad. ¡Menudo chasco se habrá llevado al comprobar que usted lo tomaba por un vulgar galanteador!

Ruth sintió que el corazón se le paralizaba en el pecho. ¿De modo que había sido eso? Y ella había sido tan tonta para creer que él se había sentido flechado en el primer instante. Ruth deseó que la tierra la tragase. Nunca en su vida había sentido tanto el ridículo como ahora. ¿Qué pensaría de ella aquel hombre?

—Ahora comprendo —murmuró con enfado—. Por eso me sacó a bailar.

—Naturalmente —exclamó satisfecho el doctor—. Ha sido un inteligente ardid de Aslan. ¡Magnífica idea la de ese muchacho! Sería estupendo que hasta fingieran enamorarse. Esa sería una buena excusa para poder estar en continuo contacto. Cuando tenga ocasión insinúeselo usted misma.

Ruth Olson se sintió desilusionada. Comprendió la situación en que había colocado a Paul Aslan. El muchacho, al darse cuenta de que ella creía haberle atraído por su belleza, no debió atreverse a desengañarla. Ruth sintió que el despecho le atenazaba el corazón.

En este mismo instante se hizo el firme propósito de demostrar a Paul Aslan, si había imaginado que ella se había sentido atraída hacia él, que tendría que cambiar de opinión.

Terminó la velada sin que Paul Aslan volviera a acercarse. El doctor Sordi se despidió de los hermanos Olson. Estos tampoco tardaron en retirarse a sus respectivos camarotes. El de Víctor estaba apartado del de los demás. Dejó a su hermana ante el suyo y se dirigió a cubierta. Aún no tenía deseos de retirarse. El embrujo de la luna y la agradable brisa del mar le retuvo acodado en la borda.

—Buenas noches —susurró una voz junto a él.

Víctor se volvió y se encontró con un rostro arrugado y con unos ojillos azules que le contemplaban interesados tras los gruesos cristales de unas gafas. Una mano apergaminada estaba esperando ser estrechada.

—Me llamo Gregory Heston —siguió el anciano.

—Encantado —murmuró Víctor, desganadamente—. Mi nombre es Víctor Olson.

—Le conozco.

Víctor sintió un vuelco al corazón. ¿Quién sería aquel hombre?

—Pues yo, la verdad… no recuerdo haberle visto nunca —dijo con sinceridad.

—Fue en una joyería —siguió diciendo el extraño personaje—. Usted iba acompañado de una muchacha bellísima. Rubia, de ojos azules… Ella pretendía que le comprase una joya costosísima. Como usted no accediese, ella se enfureció, y en voz lo suficientemente alta para que todos la oyésemos gritó: «No en balde eres un despreciable judío». La reacción de usted fue silenciosa, pero no por ello menos trágica. Precisamente la consternación que reflejaron sus ojos me inspiraron una novela… «Los hombres sin pueblo». Soy escritor, ¿comprende?… He pasado meses enteros estudiando el carácter de sus compatriotas, y créame sinceramente si le digo que le deseo un triunfo absoluto en su misión. Ahora le dejo… pero ya sabe en donde puede encontrar un amigo.

Tan misteriosamente como había aparecido, desapareció. Víctor se quedó como quien ve visiones. Las palabras del extraño individuo habían paralizado su corazón por breves segundos. Durante mucho rato quedó ensimismado sin atreverse a mover. Al

fin, se decidió y retiróse a dormir.

Estuvo en su camarote dando vueltas durante un largo rato. Sentíase preocupado por el descubrimiento de que había una persona en el barco que no ignoraba la misión que les había traído. Deseó que fuera ya de día para poder cambiar impresiones con sus compañeros.

Se preguntó si aquel incidente pondría en peligro el resultado de la misión. Esa misión que había escogido, en gran parte, para tratar de olvidar a Helen Brando. Y he aquí que apenas subía al barco ya estaba un desconocido recordándole aquel pasaje de su vida que ansiaba olvidar. Sus últimos pensamientos de aquella noche fueron para aquella mujer indigna que solo buscaba en él su dinero.

Le despertó el ruido del ancla al ser arrojada al agua. Se levantó y miró por el ventanillo. Habían atracado en Cherburgo. Se quedó unos minutos contemplando la febril actividad que reinaba en los muelles. Llegaban hasta él los gritos de los marineros, los escapes de motor y el rodar de poleas y carretillas.

Se vistió lentamente. Cerca de la hora tardó en estar dispuesto para subir a desayunar. Cuando fue a abrir la puerta sintió la trepidación del barco al ser puestas sus máquinas en movimiento. Poco más de una hora había hecho escala el «Río de Plata» en Cherburgo.

Salió al pasillo. Un marinero bajaba la escalera cargado con equipaje. «Algún nuevo turista ha subido en Cherburgo», pensó Víctor. Y miró con curiosidad hacia cubierta al escuchar el repiqueteo de unos zapatos de mujer. A los pocos segundos apareció en lo alto una figura femenina.

Víctor se apartó hacia un lado para cederle el paso. Entretanto la examinó con atención. Era esbelta y rubia. De pómulos salientes, nariz fina y boca grande. Sus ojos verdes, rasgados y un tanto oblicuos se clavaron en Víctor Olson. Tendría unos veintidós años.

Siguieron mirándose unos momentos. Fue la joven quien apartó sus pupilas de las de Víctor. Luego bajó un escalón, luego otro y después… tropezó y bajó rodando las escaleras, haciendo retumbar el entarimado bajo el peso de su cuerpo. Un «ay» de dolor salió de los labios femeninos, al intentar ponerse en pie ayudada por Víctor.

—¡Me he torcido el tobillo! —gimió la joven con entonación

francesa, palideciendo al colocar el pie en el suelo.

Víctor se inclinó hacia ella.

—¿Me permite que la lleve? —preguntó galante.

Ella movió débilmente la cabeza afirmando.

—Se lo agradeceré. Me sería imposible moverme de aquí.

Los fuertes brazos del americano la alzaron delicadamente y la llevó con cuidado hasta un camarote cercano al suyo, ante el cual esperaba ansiosamente el marinero.

—¿Se ha hecho daño, señorita? —se interesó el hombre.

—Una torcedura —contestó Víctor en lugar de la joven—. Mejor será que avise al doctor.

Se marchó el marino y Víctor con su preciosa carga penetró en el camarote. Cuidadosamente la depositó sobre la litera.

—Muchas gracias —susurró la francesa con una mueca de dolor.

—¿Necesita algo más? —se ofreció él—. Estoy a su disposición.

—No, gracias —contestó ella—. Ha sido usted muy amable.

Se despidió el americano y se dirigió hacia el comedor. Allí encontró a su hermana, esperándole.

—Acabo de conocer a una francesita deliciosa —le dijo—. Es muy simpática. Ha subido en Cherburgo.

Su hermana lo miró alegremente.

—Lo celebro, Víctor —manifestó—. Ya tenía ganas de oírte decir esas palabras. Desde lo ocurrido con Helen Brando no te había visto fijarte en ninguna mujer.

La alegría que reflejaba el rostro de Víctor desapareció. La sola mención del nombre de su antigua novia apagó el brillo ilusionado de sus ojos.

—Eso no quiere decir nada, Ruth —murmuró—. El que diga que he conocido a una muchacha alegre no quiere decir que haya de enamorarme de ella.

Al decir estas palabras su hermana le miró sorprendida. Aunque nada dijo, pensó que su hermano había dicho ahora «una muchacha alegre». Pero al llegar dijo: «Una francesita deliciosa…»

Víctor se puso repentinamente serio al descubrir al escritor.

—Tengo una mala noticia que darte —continuó—. Procura escucharme con calma. Hay una persona al otro lado del comedor que no nos quita ojo.

A continuación contó a su hermana todo lo sucedido la noche anterior.

—¿Cómo ha podido enterarse de la misión que nos trae? —susurró Ruth con un hilillo de voz.

En aquel instante se acercó a ellos Paul Aslan. Ruth enrojeció. El joven pidió permiso para acompañarles. Víctor le sonrió y se levantó:

—Yo me marcho a dar una vuelta. Imagino que usted preferirá la compañía de mi hermana —murmuró con un ligero guiño.

Quedó la pareja sola. Él se inclinó hacia la muchacha.

—¿Ya sabe quién soy? —preguntó ligeramente burlón.

Ella movió imperceptiblemente la cabeza. Pero ningún sonido salió de sus labios, aunque sus ojos se clavaron altaneros en Paul Aslan.

—¿Qué le ocurre? —se extrañó él.

Ella no podía decirle que sentíase desilusionada al enterarse de que la noche anterior él no se había acercado a ella atraído por su belleza.

—El doctor Sordi cree conveniente que usted continúe fingiéndose un admirador —contestó secamente—. Debe demostrar estar enamorándose de mí. En fin, no dejarme ni a sol ni a sombra.

—Lo que usted dice que haga, es precisamente lo que yo estoy deseando hacer.

—¡Déjese ya de tonterías! —dijo ella abruptamente.

—Señorita, ¿qué es lo que le sucede? —murmuró sorprendido. De repente pareció pensar en algo—. Ahora comprendo… Anoche usted ignoraba quién era yo. Hoy soy solo un mecánico a quien ha pagado usted el pasaje. No olvidaré en lo sucesivo cuál es el lugar que me corresponde. Ahora, permítame que me retire.

Ella se mordió los labios, pero no intentó retenerlo. No podía decirle que estaba equivocado. Mejor sería que siguiera en esa creencia y que no adivinase la verdad.

En todo el día no volvió a verle. Ruth, sintiéndose despechada pretextó un dolor de cabeza y no quiso asistir a la cena.

Víctor Olson, después de acompañar a su hermana, paseó unos minutos por cubierta. Al consultar su reloj de pulsera comprobó que aún faltaba un cuarto de hora para cenar. Repentinamente

tomó una decisión. Se encaminó directamente al camarote de la francesita. Permaneció unos instantes delante de la cerrada puerta. Cuando se disponía a golpear en ella esta se abrió y apareció el médico de a bordo.

—¿Se encuentra mejor la señorita? —preguntó.

La voz de la francesa sonó desde dentro.

—Pase, por favor, *monsieur*…

Él penetró en la estancia. El doctor aseguró que lo de la señorita no era nada de importancia, y se apresuró a salir, dejándoles solos.

—Me alegro de que esté mejor—dijo Víctor sonriendo—. Pasaba por aquí y pensé preguntar por su estado… Por cierto, todavía ignoro cómo se llama.

—Estoy en el mismo caso —susurró ella con una luz traviesa en sus ojos—. No obstante… puede llamarme Nicole… Nicole Mercier.

—Mi nombre es Víctor Olson —se detuvo, sintiéndose repentinamente alegre al descubrir el brillo inusitado que tenían aquellos ojos; y la risa encubierta de aquella boca—. Me siento feliz de haberla conocido.

—No se alegre tan pronto —insinuó ella con una mirada impregnada de picardía. Después le hizo un gesto de despedida—. Hasta pronto.

Él se marchó a cenar. No vio a Paul Aslan. El italiano se había sentado en otra mesa, acompañado de la misma señorita de siempre.

Terminada la cena volvió a su camarote. Hizo girar la llave en la cerradura y abrió la puerta, encendiendo la luz.

Su mirada se clavó atónita en el interior. Un gran desbarajuste reinaba por doquier. Era indudable que alguien había revuelto sus cosas. De repente, la sangre se le heló en las venas al descubrir que la maleta donde llevaban sus equipos de «hombres rana» estaba abierta de par en par, mostrando su delator contenido.

CAPÍTULO II

VÍCTOR OLSON abrió la boca para lanzar una exclamación, pero ningún sonido llegó a salir de su garganta. Acaba de sentir el roce de sus espaldas. Se volvió, alarmado, y la luz del camarote se reflejó en un alargado puñal que pasó rozándole el cuello. Lo empuñaba un marinero de tez oscura y ojos negros.

Víctor retrocedió hacia el interior del camarote, poniéndose a la defensiva. El marino, con un salto de tigre se abalanzó sobre el americano intentando descargar un nuevo golpe contra él. Víctor se arrojó como de una catapulta y los dos cuerpos chocaron produciendo un sonido sordo. El marino se tambaleó, ocasión que aprovechó el americano para sujetarle el brazo, retorciéndoselo.

—¡Maldito judío! —rugió el marino, soltando el arma.

Víctor Olson se estremeció al escuchar la palabra «judío». «Sabe que lo soy —se dijo—. Tal vez porque ha visto los «equipos» dentro de la maleta…». Viendo que el marino intentaba recuperar el arma, Víctor le dio una patada mandándola al pasillo. Después se lanzó sobre su contrincante que intentó esquivarlo, en su solo afán de salir al pasillo. Víctor le alcanzó y tiró de él hacia dentro. El hombre se revolvió y le lanzó un puñetazo. El americano esquivó el golpe y atacó de firme, golpeando sin cesar la barbilla del marinero. Este fue retrocediendo lentamente hasta tropezar con la pared. Allí ocurrió algo imprevisto. El marino giró sobre sí mismo y Víctor fue a estrellarse contra el entarimado.

El marinero dio un salto y se escurrió, saliendo rápidamente al pasillo y empuñando nuevamente el arma. Volvió hacia Víctor, con el puñal en alto. Levantó el arma sobre su cabeza, tomando impulso para descargarla sobre el pecho del joven.

En aquel instante, una exclamación procedente de la escalerilla hizo detenerse al asesino. Este se volvió rápidamente

encontrándose cara a cara con un oficial del barco. El marino olvidó a Víctor y se abalanzó sobre el oficial hundiéndole el cuchillo en un hombro. Luego arrancó el cuchillo para volverlo a clavar con más fuerza y saña en la espalda del sorprendido oficial, que se desplomó lanzando un gemido.

Víctor llevó rápidamente la mano al bolsillo trasero del pantalón y empuñó su automática. Disparó contra el marinero a bocajarro en el preciso instante en que el puñal amenazaba hundirse en la garganta del oficial.

El marinero, al notar la mordedura del plomo, dejó caer el puñal. Aunque malherido, intentó echar a correr, pero un segundo disparo le alcanzó cuando subía la escalerilla y se precipitó rodando por ella hasta quedar tendido en el suelo.

Varios hombres de la tripulación acudieron al ruido de los disparos. Poco después aparecía el capitán.

Víctor Olson se apresuró a cerrar la maleta que contenía los equipos de inmersión. Contó que aquel marino debía de estar bebido, aunque él supiera que no era cierto.

—No sabe cuánto siento lo ocurrido, Mr. Olson —se condolió el capitán, moralmente pálido, después de dar orden para trasladar al oficial a la enfermería—. Como dice usted, la bebida…

Aquello sonó falso en los oídos del americano. Vio cómo se alejaba, eludiendo las preguntas con que los pasajeros le acosaban.

También Víctor se vio obligado a repetir una y otra vez lo sucedido. De todas partes parecían surgir nuevos viajeros deseosos de conocer la aventura de Víctor con todo lujo de detalles. Al fin, el joven se vio libre de los importunos y se retiró a su camarote.

Al día siguiente, lo primero que hizo el americano fue visitar a la francesa. Se dijo que lo hacía como pretexto para adivinar si la muchacha había oído el ruido de la lucha y las palabras que pronunció el árabe.

«Sería peligroso para nuestra misión que hubiera otra persona en el barco enterada de que soy judío», se dijo, mientras golpeaba la puerta.

Pero la realidad era muy otra. Víctor Olson, lo que verdaderamente temía, es que la francesa, al enterarse de que era judío ya no quisiera proseguir la naciente amistad.

Ella le recibió envuelta en un salto de cama color rosa. Le hizo pasar en cuanto supo que se trataba de él.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Víctor en cuanto estuvo sentado frente a ella.

—Bien… —contestó la francesa con una pícara sonrisa—. Le estaba esperando.

Él se sorprendió.

—¿Habla en serio?

—Le aseguro que sabía que vendría —contestó ella tranquilamente.

—¿Qué lo sabía? —Víctor se atragantó. ¿Sería posible que aquella muchacha fuera una adivina? ¿O acaso quería hablarle sobre lo ocurrido la noche anterior?

—Usted me lo prometió anoche —río ella.

—Yo no dije… —farfulló Víctor.

—Usted no dijo… pero sus ojos sí —cambió repentinamente de conversación—. Bueno, ¿es cierto que anoche tuvo una aventura?

—No tuvo importancia… Un borracho intentó asesinarme —contestó nervioso.

—Pues a mí me han asegurado que salvó usted la vida a un oficial —insistió ella.

—¿No oyó usted ningún ruido? —preguntó el americano conteniendo un poco la respiración.

—¿Quién, yo? —contestó la muchacha sin inmutarse—. ¡Oh, no! Me dolía el pie y me tomé una pastilla para dormir. ¿Y fue cierto que intentaron matarle?…

Víctor respiró tranquilo. Ella nada había oído. Le contó la versión general. Después estuvieron hablando de otras cosas. Y mientras lo hacían, los ojos de Víctor no se apartaban de los de la francesa.

Al fin, el americano se despidió. Subió a cubierta, en busca de sus compañeros para ponerles en antecedentes. Un marino le interceptó el paso diciéndole que el capitán quería verle. Le acompañó a su despacho.

—Mr. Olson —le dijo el primer oficial—. Le ruego tome asiento… Lo ocurrido anoche es muy lamentable. Sabemos que su agresor no pudo estar bebido. Es árabe y usted sabe que los árabes

son abstemios. Tenemos motivos fundados para creer que odia a los judíos y sospechamos que usted lo es. El oficial herido ha declarado que escuchó cómo el árabe le llamaba «maldito judío». Imagino que cuando usted dio la versión de la bebida, fue porque desea ocultar algún detalle. Nosotros somos los primeros en estar de acuerdo con ello. Comprenda la desagradable publicidad que para nuestra Compañía supone esto. Le rogamos por lo tanto que continúe con la misma versión.

Víctor suspiró. El interés del capitán por desvirtuar aquel suceso convenía a sus planes.

Al dejar el despacho del capitán se encontró con su hermana y a Mr. Sordi paseando por cubierta. Se acercó a ellos.

—Le estábamos esperando —murmuró el italiano—. Suponemos que tiene que contarnos algo importante referente a lo de anoche. Su hermana me estaba poniendo en antecedentes sobre el escritor. No me extraña lo más mínimo. No ha debida de resultar muy difícil para ese hombre el averiguar la verdad. Si ha escrito algún libro sobre judíos, no puede ignorar que se han llevado a cabo, en otras ocasiones, diversos actos de sabotaje contra Egipto. El reconocer a usted como judío, le haría fijarse en sus movimientos. El comportamiento de ustedes le ha dado la oportunidad de sospechar…

—¿Por qué dice «nuestro comportamiento?» —interrogó algo molesta Ruth—. Es usted, precisamente, el que más amistades ha hecho en el barco… Nosotros nos hemos mantenido alejados…

—¡Exactamente, señorita! —murmuró un tanto enfadado el italiano—. Se han mantenido alejados, mirando con no muy buenos ojos el que yo me apartara de ustedes… Hasta ahora no he querido comentar este asunto, pero ya que usted lo ha suscitado… Permítame que les diga que se están comportando torpemente. Deben cambiar de actitud. Les insinué a la señorita Olson y a Paul Aslan que aparentasen estar enamorándose. No me han hecho caso. Y usted, Mr. Olson, ha llamado la atención de muchas señoritas, que no se explican que un hombre joven no trate de entablar amistad con ellas. Tampoco es conveniente que vaya siempre delante, y detrás de su hermana. ¿Por qué no prueba a flirtear con una mujer? Procuren olvidar el motivo por el que están en este buque. Ya llegará el momento de pensar en ello cuando lleguemos

a Alejandría… Y ahora cuéntenos lo ocurrido anoche…

Víctor comenzó a narrar los hechos, tal y cómo realmente sucedieron. Cuando el millonario terminó, Giorgio Sordi arrugó el entrecejo con un gesto de preocupación.

—Esto es más grave —comentó—. Lo más probable es que escuchara su conversación con el escritor… Pero no sé… Claro que también pudiera suceder que fuera con el ánimo de robar y tropezara con los equipos… De todas formas, puesto que ha muerto no podrá dar parte a nadie más.

A partir de entonces fueron transcurriendo los días sin que ningún otro suceso viniese a perturbar la vida a bordo. Víctor Olson había procurado no dar importancia a lo ocurrido con el árabe. Por todo el barco se extendió la noticia de que un borracho había herido a un oficial y que un pasajero había disparado contra el individuo matándole cuando se disponía a rematar a su víctima.

Nicole Mercier, la bella francesa, se encontraba mejor de su torcedura. Solía salir a cubierta y allí, tendida en una hamaca, se pasaba el día. Víctor Olson la acompañaba con frecuencia, charlando y admirando la belleza exótica de la francesa. Seguía así los consejos del italiano.

En cuanto a Ruth Olson y Paul Aslan se les comenzó a ver por todos sitios juntos. Esto había sido obra del mismo italiano, que después de hablar con los hermanos Olson, lo hizo con el mecánico, viendo que este se resistía a acompañar a la norteamericana.

Parecían en realidad, dos enamorados. Aunque ellos mismos lo ignorasen. Cuando bailaban se cruzaban sus miradas unos instantes. Pero enseguida la desviaban temiendo que el uno sospechara qué había en el interior del otro. Cuando el mecánico se presentaba inopinadamente, la muchacha se sonrojaba violentamente. Cuando era a la inversa. Paul Aslan no podía evitar un estremecimiento y temblor imperceptible.

Pero cuando estaban solos su conversación no podía ser más fría y desapasionada.

Una noche en que Paul Aslan la sacó a bailar, ella observó que saludaba a una joven de atractiva presencia.

—Es desagradable tener que estar bailando con una persona cuando quizá se desea hacerlo con otra —murmuró Ruth, mordiendo las palabras.

—Si desea bailar con otro no tiene más que decirlo y me aparto de usted —murmuró él orgullosamente.

—Haga lo que quiera —dijo ella acremente—. Pero no soy la que saluda tan amablemente a los hombres.

—¿Le ha molestado que saludara a esa señorita? —preguntó él con un gozoso destello en su mirada.

—¿Molestarme? —Ruth rio despreciativamente—. En absoluto. Me limito a recordarle que debe aparecer a los ojos de los demás como mi más rendido admirador.

Él ahogó un gesto de rebeldía. Y su mirada volvió a expresar una total indiferencia.

—No sabe cuánto daría por poder pagarme yo mismo el pasaje y no tener que debérselo a usted —dijo.

—Pudo haber renunciado a él —replicó ella.

—No es un viaje de placer. Si estoy dispuesto a sacrificar mi propia vida por mis compatriotas, no voy a vacilar en sacrificar un poco de mi amor propio… Y, ahora, le ruego que sonría aunque mi compañía le desagrade. Recuerde que estamos cumpliendo una misión.

Y así una y otra vez. Aparentando felicidad cuando reñían al menor pretexto. Pero a pesar de todo, cuando no estaban el uno al lado del otro se buscaban ansiosamente entre los pasajeros.

Entretanto el doctor Sordi se divertía alegremente con unos y otros. Había hecho numerosas amistades. Su agradable conversación y simpatía innata le rodeaba siempre de un círculo de gente. Aquello llenaba de indignación a Ruth.

Una noche estaban en el comedor los hermanos Olson, acompañados de Paul Aslan. El doctor Sordi reía alegremente en compañía de unos amigos.

—Lo que es el doctor no pierde ocasión de divertirse —refunfuñó Ruth.

—Pues a mí me parece que es una excelente táctica —exclamó Víctor aprobatoriamente—. Así aunque haya algún egipcio en el barco no podrá sospechar de nosotros.

—Tal vez de nosotros no —protestó Ruth—. Pero no pienso lo mismo de él. No cesa de hablar con todo el mundo. Va a cometer una indiscreción.

—Efectivamente, señorita Olson —intervino Paul Aslan—. Procura hablar con «todo el mundo». Y lo que usted encuentra tan reprobable, a mí me parece excelente. Cuando tenga necesidad de hablar con nosotros a nadie le extrañará que se nos acerque.

Ruth se mordió los labios y no dijo más.

Víctor se levantó de la silla, despidiéndose.

Quedaron solos Ruth y Paul. El primero evitaba el encuentro con la mirada de la joven.

—Paul, comienzo a pensar que deberíamos ser amigos… Después de todo, puesto que tenemos que fingir ante la gente…

—¿Usted ya ha comenzado a hacerlo, verdad? —murmuró él. Pero enseguida rectificó—: Perdone. Olvide lo que acabo de decir.

Había una sombra de amargura en las pupilas masculinas. En las de la muchacha una expresión de desencanto. A partir de entonces hablaron de cosas triviales.

Mientras tanto, Víctor había ido en busca de Nicole. Eso es lo que hacía de continuo. La francesa ya estaba restablecida de su lesión. Incluso podía ya bailar. Y desde luego, lo hacían.

Víctor sentíase cada vez más interesado por la joven. Cuando estaba con ella le parecía que el tiempo volaba. Al quedar solos, insensiblemente volvían a él trozos de conversaciones y el recuerdo del rostro femenino persistía en su mente aunque no lo tuviese delante. La expresión de sus ojos, sobre todo le perseguía a todas horas. Por fin, el recuerdo de Helen Brando, que él creía inolvidable, se apartó de su mente.

Pasaron los días. Mientras tanto el «Río de Plata» seguía deslizándose por la azul extensión del Mediterráneo, camino de las lejanas tierras.

AI fin, una mañana entraron en las aguas egipcias. El transatlántico detuvo sus máquinas a las doce de la mañana.

—Pueden ustedes bajar en Alejandría —aconsejó el capitán—. Pero tengan en cuenta que el barco zarpará a las ocho de la mañana.

Víctor Olson y su hermana fueron los primeros en bajar. Les siguió Paul Aslan. ¡El momento de actuar había llegado!

—Ahora veremos lo que tarda nuestro doctor —ironizó Ruth, mientras esperaban en el muelle.

Los dos hombres no le contestaron. Estaban nerviosos. Se quedaron paseando un rato hasta que, por fin, Giorgio Sordi apareció en lo alto de la escalerilla. Pero cuál no fue el asombro de nuestros amigos cuando le vieron bajar acompañado de una señorita, hablando animadamente con ella. Pasó junto a ellos sin detenerse, simulando no haberlos visto. Se detuvo unos metros más allá, entusiasmado al parecer con su compañera.

—Pero ¿ustedes creen que es este el momento más indicado para que se ponga a hablar? —refunfuñó.

—Habla mucho, pero no dice nada… por lo menos en lo que atañe a lo «nuestro» —dijo Víctor.

—Eso es verdad —intervino Paul Aslan, saliendo en defensa del italiano—. Para todos tiene una frase de halago… una broma. Ha hecho numerosas amistades a bordo… Incluidos nosotros, y ello sin despertar sospechas.

En aquel instante, Sordi se apartó de la señorita y regresó hacia el barco. Al pasar por delante de ellos se detuvo sonriente.

—No puedo deshacerme de esa mujer —murmuró como si les saludara—. Espérenme en el Museo de Antigüedades greco-romanas.

Y desapareció en el barco. Un poco más allá la mujer le esperaba.

—Ya dije que era un desaprensivo —rezongó Ruth—. Sin más afán que aprovecharse de este viaje.

—No tiene derecho a insultarle —refunfuñó Paul.

—Ni él a darnos órdenes —exclamó ella, alzando orgullosamente la cabeza.

—El doctor Sordi está capacitado para esta misión. Nosotros no —dijo el mecánico mirándola con severidad—. Conviene que tenga esto en cuenta, señorita, y convénzase de una vez que no ha comprado a dos esclavos.

—¡Es usted un grosero! —exclamó ella, palideciendo.

Víctor les contemplaba sorprendido. Luego cogió de un brazo a Paul Aslan, al observar que el mecánico se disponía a marcharse, ofendido ante el insulto de Ruth.

—¿Dónde va usted, Aslan? —dijo—. Venga acá, hombre. Son ustedes un par de inconscientes. Si mi hermana razona con los pies

usted no la deja atrás.

—No estoy dispuesto a consentir que me sigan humillando —barbotó el mecánico.

Ruth fue a intervenir, pero su hermano le atajó:

—Antes de abrir la boca, piensa lo que va a salir de ella —luego se dirigió al inglés—: Si el doctor no ha podido deshacerse de esa mujer es natural que prefiera hacerlo en otro sitio. Ella podría sospechar si le viera venir con nosotros…

—Víctor —gritó en aquel momento una voz desde la borda—. ¿Cómo no me ha avisado para que le acompañara?

Se volvieron los tres paralizados por la sorpresa y clavaron sus ojos en Nicole Mercier que les sonreía.

—¡Cáspita! —exclamó Víctor—. Ahora sí que la hemos hecho buena.

Ella bajó ágilmente y se reunió con ellos.

—No le voy a perdonar que me haya olvidado —amenazó sonriente.

—No la encontramos—mintió descaradamente el americano.

Ella aparentó creerle aunque estaba un poco enfurruñada.

Ruth y Paul Aslan echaron a andar delante, preocupados y silenciosos, imaginando la forma en que podrían deshacerse de la francesa.

Recorrieron varias calles de Alejandría. Admiraron las casas de recreo que los europeos habían edificado a lo largo del Canal de Mahmundia. Sus parques y jardines, bien cuidados y esmeradamente elegidos, resultaban un espectáculo digno de contemplar.

Salieron de allí y visitaron la parte mahometana de Alejandría. Aquellas calles no tenían nada de hermosas, aunque sí de pintorescas. Calles sucias y estrechas. Casas desvencijadas y sin guardar alineación entre sí.

Ruth y Paul miraban a todos lados, intentado descubrir si eran seguidos. Esperaban que de un momento a otro deberían descubrir al enlace, pero pasaba el tiempo y este no aparecía.

Se acercó la hora de la comida. No tuvieron más remedio que ir a recoger al doctor Sordi al Museo de Antigüedades Grecorromanas.

Allí había de todo un poco. Figuras de barro cocido, bronces, lámparas, vidrios, momias, estatuas.

Y en el centro, el doctor Sordi. Les vio llegar y no pudo evitar una mueca de asombro al verles aparecer acompañados de la francesa. Les saludó y aparentó haberse encontrado casualmente. Emparejó con Ruth y Paul.

—Hay que deshacerse de esa muchacha. Mientras esté ella, el enlace no se nos acercará —manifestó el italiano.

Fue idea de Ruth. Se metieron en el barrio árabe. Por donde más gente había. Allí el doctor Sordi atenazó el brazo de Víctor y le obligó a detenerse. Como Nicole siguiera andando entre la gente, ellos se escondieron en una esquina.

—¡Menos mal! —suspiró Sordi—. Creí que no lo conseguíamos.

Víctor estaba enfadado.

—No está bien abandonar a Nicole en medio de esta chusma —gruñó.

—No hay más remedio que hacerlo así —explicó—. Comprenda que lo que importa es…

—¡Víctor! —oyeron gritar una voz—. ¡Aquí, por favor!

—¡Es ella! —exclamó el americano. Y sin pensarlo más echó a correr en busca de la muchacha.

Volvieron a meterse por donde hubiera gente. Una y otra vez. Pero todo inútil. La muchacha se aferraba al brazo de Víctor.

Llegó la hora de regresar al barco sin que hubieran conseguido despistarse de Nicole. El doctor Sordi estaba francamente irritado. Paul y Ruth no cesaban de discutir por cualquier nimiedad. Él preocupado. Ella con una extraña expresión de esfinge.

Ya en el barco, Nicole se despidió. Estaba cansada. Le dolía el pie.

Víctor se sintió culpable. Realmente la habían obligado a andar más de lo conveniente.

Quedó el comando solo.

—A buena hora —rezongó Sordi—. Nada podemos hacer ya.

—Si volviéramos a bajar, tal vez… —sugirió Ruth.

—No lo creo —barbotó el italiano—. La realidad es que hemos hecho el viaje en balde. Por culpa de esa francesa ni siquiera hemos podido enterarnos de qué clase de barcos hay anclados.

—Podríamos hacer algo por nuestra cuenta —dijo Víctor, intentando encontrar una solución.

—¿Sin explosivos? —murmuró Paul Aslan.

Los cuatro rostros expresaron una gran desolación. Solo tenían aquella noche de tiempo. A la mañana siguiente se marcharían de Alejandría sin haber alcanzado ningún objetivo.

—¿No podría haber subido al barco? —preguntó Víctor esperanzado.

—En ese caso lo normal es que haya dejado alguna nota en uno de nuestros camarotes…

No lo pensaron más. Se dirigieron cada uno al suyo, revolviendo por todas partes, por todos sitios… ¡Nada!

Acudieron a cubierta y celebraron consejo.

—¿Qué hacemos? —la pregunta de Ruth era incontestable. Todos se la hacían.

—Lo único que nos queda por hacer es retirarnos a dormir.

Víctor se despidió. Lentamente fue paseando por cubierta y se acodó en la borda. Sabía que no podría dormir. Sintió deseos de fumar. Metió la mano en su bolsillo, en busca del tabaco, y… sus manos tropezaron con un papel. Aquello no había estado allí antes.

Lo desdobló y lo acercó a la luz de una lamparilla. Era un papel de carta. Y en él había escrito lo siguiente:

> «*En el puerto militar hay dos barcos cargados de municiones para ser enviados a Port-Said. Junto al faro, a cinco metros de la orilla, a la izquierda, hay una barca que les espera. El barquero se llama Ismael.*»

Víctor se quedó atónito. ¿Cómo había podido llegar aquella nota a su bolsillo? Era indudable que el enlace judío, al no poder acercarse a ellos, había deslizado un papel en el bolsillo de Víctor.

El americano se apresuró a entrar en acción. Abrió la puerta y se deslizó pasillo arriba, subiendo por la escalerilla. Llegó hasta el camarote de su hermana y golpeó suavemente con los nudillos en la puerta. La muchacha tardó un momento en salir. Al ver a su hermano le hizo una seña para que pasara.

—Tenemos los minutos contados —le dijo Víctor entregándole la nota—. Ve tú a avisar a Paul. Si alguien te viera entrar ahora en su camarote pensaría en cualquier cosa menos en la realidad. Acudid a mi camarote enseguida.

Ruth obedeció rápidamente. Cuando se vio ante la puerta de Paul se detuvo un instante. Luego llamó. En el umbral apareció Paul en pijama. Al ver a la muchacha parpadeó asombrado.

—¡Usted! —murmuró sorprendido.

Ella entró y cerró la puerta tras sí. Le contó lo sucedido y ambos jóvenes no tardaron en salir.

El escritor se retiraba entonces a su camarote. Era el que estaba enfrente del de Paul. Vio claramente salir del camarote a Ruth, seguida de Paul Aslan en pijama. El viejo arrugó el entrecejo y se escondió en un recodo del pasillo. Cuando la pareja pasó por delante de él, los siguió.

Víctor les esperaba en la puerta, acompañado de Sordi y Paul Aslan, seguidos de la muchacha. Ella llevaba una gruesa cuerda en la mano. No tardó en regresar con un lío de ropa. El escritor reconoció el pijama de Paul Aslan y la ropa que llevaba puesta el doctor Sordi. Vio cómo la muchacha penetraba en el camarote de nuevo y cómo, casi enseguida, volvía a salir con su hermano. El camarote había quedado vacío. El escritor se acercó y abrió la puerta. Allí estaba la ropa que trajo la muchacha. Y el ventano aparecía abierto. Vio una cuerda atada a la litera. La cuerda se descolgaba por el portillo. El escritor se acercó y miró por él hacia abajo. Todo estaba muy oscuro. Comenzó a tirar de la cuerda y vio que pesaba bastante. Fue izándola lentamente. Pero en aquel instante un golpe le hizo perder el sentido.

Y la misma mano que había descargado el golpe se apresuró a descolgar nuevamente la cuerda. Después sacó el cuerpo del escritor y lo arrastró hasta su camarote…

Mientras tanto, Víctor y Ruth habían salido a cubierta, deslizándose con cuidado para no ser vistos. Cuando llegaron a un lugar algo oscuro, Ruth apremió:

—Anda, desnúdate. Es por aquí por donde han bajado ellos. Pega un tirón de la cuerda cuando hayas llegado abajo. Y haces lo mismo con la de tu camarote, en cuanto hayáis cogido los equipos. Yo estaré al cuidado para oír vuestra señal. Si no veis aparecer la

cuerda es que hay peligro.

Se despidieron los dos hermanos. Víctor siguió a sus compañeros. Nadó un trecho hasta llegar donde estos se encontraban. La cuerda que pendía por el ojo de buey del camarote de Víctor llevaba el paquete con los equipos de «hombres rana». Sordi y Paul ya se habían colocado los suyos. Víctor se apresuró a imitarles. Sus compañeros le ayudaran a ponerse en la espalda la abultada botella de oxígeno. Cuando estuvieron equipados tiraron suavemente de la cuerda. Ruth, desde arriba la izó rápidamente. El ventano se cerró.

Otro ventano, cuyo camarote permanecía a obscuras, se cerró también.

Los tres hombres se sumergieron y bucearon hacia la playa. Una vez allí inspeccionaron el terreno y observaron que no había nadie. Oyeron sonar la una en un reloj cercano. Intentaron orientarse y una vez conseguido fueron por el agua bordeando la costa, hasta que llegaron a las cercanías del lugar indicado. Allí nadaron despacio, mirando cuidadosamente a todos lados en busca de la barca que les esperaba.

Fue Paul quien la vio.

—Allí está —susurró.

Efectivamente, la sombra oscura de una barca se alzaba en el sitio indicado. Ninguna otra embarcación se veía por allí. Era un lugar casi desierto.

No obstante, no podían correr riesgos. Siguieron nadando bajo el agua hasta situarse rodeando la embarcación. Empuñando sendos puñales salieron repentinamente a la superficie.

A bordo iba un hombre vestido de árabe. Al ver aparecer tres rostros a su alrededor lanzó una exclamación.

—¡Silencio! —ordenó Sordi—. ¿Cómo se llama usted?

El árabe entreabrió sus labios en una sonrisa, dejando al descubierto los dientes.

—Me han asustado… —contestó—. Soy Ismael.

De los labios de los tres «hombres rana» surgió un suspiro de alivio. Subieron a la barca ayudados por el barquero. Este les señaló una caja que había bajo el asiento.

—Ahí tienen las bombas —murmuró—. Yo solo podré llegar

hasta la malla de acero.

Ismael se puso a remar inmediatamente, bordeando el faro. A lo lejos se veían algunas luces que indicaban la situación del puerto militar. Después de adentrarse un buen trecho se detuvo.

—A partir de aquí tendrán que seguir solos —les dijo—. Yo les esperaré.

Los tres «hombres rana» atendieron las instrucciones de Ismael. Se colocaron la escafandra y se miraron como si fuera la última vez que lo hicieran. Luego se lanzaron al agua.

Víctor avanzó rápidamente. Sus piernas se movían rítmicamente provistas de las aletas que tanto le ayudaban a ganar terreno. De pronto topó con la malla de acero; tardó unos minutos en atravesarla. Siguió nadando algunos minutos más. Al fin, ascendió a la superficie y sacó la cabeza mirando ante sí. Su corazón se paralizó de emoción.

Ante él, descubrió los dos barcos que, inmóviles y a oscuras, permanecían anclados a menos de cien metros de distancia.

CAPÍTULO III

MOVIENDO rítmicamente los pies, Víctor Olson avanzó lentamente entre dos aguas hasta que, transcurridos unos minutos, emergió para orientarse. Se detuvo un instante, observando que se había desviado ligeramente hacia la izquierda.

Mientras estaba examinando la masa compacta de los dos buques, la luz del faro barrió las aceitosas aguas del puerto obligándole a sumergirse con rapidez.

Siguió nadando entre dos aguas. La luz del faro pasó cuatro veces por encima de su cabeza antes que una sombra más oscura entre las tinieblas que le rodeaban le señalara al proximidad del caso de uno de los barcos.

Lentamente, ascendió hasta sacar toda la cabeza fuera del agua. Ante él, a menos de dos metros de distancia, se alzaba el férreo costado del buque. Levantó la cabeza, mirando hacia arriba.

Acodado en la borda del mercante, un marinero espiaba atentamente la superficie del mar. Víctor se preguntó intranquilo si habría producido algún ruido capaz de llamar la atención del vigilante, y en el mismo instante una voz gritó en árabe:

—¿Quién anda por ahí?

Víctor se zambulló rápidamente, al mismo tiempo que brillaba una linterna eléctrica y un rayo de luz atravesaba el agua a corta distancia de donde él estaba.

Con el aliento en suspenso. Víctor aguardó pegado al costado del barco mientras el haz de la linterna registraba la superficie del agua. Finalmente, la luz se apagó. Víctor inhaló una bocanada de oxígeno puro a través de la tráquea y se dispuso a actuar.

Colgando del cinturón llevaba además de la pistola y el cuchillo una bomba de relojería cuyo detonador había sido regulado para estallar a las nueve de la mañana, una hora después que el

transatlántico hubiera abandonado el puerto de Alejandría.

Víctor tomó el infernal artefacto y lo aplicó a su oído para asegurarse que la máquina seguía andando. Satisfecho del examen nadó hasta la quilla del barco. La bomba iba provista de un torniquete que el «hombre rana» fijó y apretó en el filo de la quilla.

Se aseguró con un tirón de que la bomba no se soltaría, quitó el mecanismo del seguro y nadó en dirección a la popa.



Colocó la bomba sobre el casco del buque...
— **Alarma**

Se detuvo al llegar a la altura del timón, emergió la cabeza y cerró la espita del oxígeno, levantándose la mirilla de cristal hasta la frente.

Amparado en la obra salediza de la popa del mercante y apoyado en una aleta de la hélice miró a su alrededor en busca del doctor y de Paul Aslan.

No vio a sus compañeros, pero sí los reflectores de dos lanchas motoras que se dirigían hacia la línea de boyas de la red metálica y empezaban a patrullarla arriba y abajo.

De pronto, Víctor notó un remolino de agua junto a él. Algo le rozó las piernas y, un segundo después, Paul Aslan emergía del mar de tinta y escupía el extremo de la tráquea de goma, cerrando a continuación la espita del oxígeno.

—¿Y Sordi?… —le preguntó Víctor en un, murmullo.

—No le he vuelto a ver desde que traspusimos la malla.

—¿Depositó su bomba?

—En la quilla del otro barco, sí —contestó Aslan. Y señalando a las dos lanchas, cuyo ronquido llegaba distintamente hasta ellos, preguntó—: ¿Qué significa eso?

—Si no se marchan pronto —contestó Víctor—, significa que no podremos volver por donde hemos venido.

En aquel momento, el haz de la linterna volvió a brillar escudriñando la superficie del mar desde la popa. Los dos hombres se arrimaron al timón, guardando silencio hasta que la luz se apagó.

—Están recelosos —murmuró Víctor. Y a continuación, irguiendo la cabeza añadió—: ¡Escuche!

Aslan prestó atención. Se escuchaba un leve chapoteo, acompañado al parecer de una respiración jadeante.

Escrutando las tinieblas de la vecindad del barco, Víctor logró entrever un busto que nadaba penosamente en dirección a ellos.

—¡Es él, Sordi! —exclamó Aslan roncamente.

Víctor Olson no lo pensó un segundo. Se sumergió velozmente, avanzando como un delfín en dirección a Sordi. Le asió de las piernas y tiró de él hacia abajo, arrastrándole hasta las densas tinieblas submarinas al mismo tiempo que la luz de la linterna volvía a brillar y registrar la superficie del mar.

Víctor, arrastrando al italiano, buceó de vuelta al sitio donde les esperaba Paul Aslan. Al sacar la cabeza fuera del agua, Sordi tuvo un acceso de tos violenta.

—¡Cállate, maldito sea! —rugió Paul Aslan en voz baja. Y con una mano le tapó la boca al italiano evitando tosiera.

Los ojos de Sordi parecieron próximos a saltársele de las órbitas mientras expulsaba un chorro de aire y de agua por la nariz. Arriba, sobre sus cabezas, se escuchaban voces hablando fuerte.

Consciente del peligro que corrían, Aslan mantuvo su mano sobre la boca de Sordi hasta que este indicó con los ojos que había pasado su tos.

—¡Por todos los diablos! —masculló entre dientes—. ¿Quieren ustedes ahogarme?

—Entre ahogarle a usted o dejar que nos capturen a los tres, la opción no ofrecía lugar a dudas —contestó Paul, entre irónico y severo—. ¿Qué demonios le ocurría?

—Mi aparato no funciona. Tuve que bucear desde la malla hasta aquí prescindiendo del oxígeno. Mi primera intención fue regresar hacia la red y esperarles allí, pero entonces llegaron esas lanchas y no tuve más remedio que seguir detrás de ustedes.

Víctor murmuró algo entre dientes mientras miraba hacia la línea de boyas que sostenían la malla de acero. No podían regresar por allí en tanto las lanchas no se alejaran y tampoco podían permanecer mucho tiempo junto a los barcos, corriendo el riesgo de ser descubiertos de un momento a otro.

Por alguna razón desconocida, los egipcios mostrábanse muy desconfiados aquella noche.

—Deme su bomba, Sordi —indicó el italiano—. Yo la colocaré mientras usted y Aslan nadan hacia la escollera.

—¿No habrá pensado regresar atravesando esa escollera, verdad? —preguntó Paul Aslan.

—¿Sabe usted de otro camino más corto para hacerlo?

—¡La escollera está llena de alambradas y centinelas desde el muelle al pie del faro! —protestó Aslan.

—Bueno. Hemos traído nuestros alicates, ¿no? —refunfuñó Víctor encogiéndose de hombros—. Naden hacia allá y si cuando yo les alcance no se han marchado todavía las lanchas empezaremos a

abrirnos paso entre las alambradas. No veo otra forma de salir de aquí.

Paul Aslan no añadió ninguna nueva protesta.

—Cambie su aparato por el mío —le dijo a Sordi—. Usted está cansado.

El italiano se negó en principio, pero acabó por acceder. Cambió su aparato con Aslan, entregó a Víctor la bomba que llevaba colgando del cinturón y se sumergió al mismo tiempo que Paul Aslan desapareciendo ambos de vista.

Víctor se sumergió a su vez, nadando a lo largo de la quilla hasta encontrar la primera bomba allí colocada. No le entretuvo más de cinco minutos atornillar la segunda bomba junto a la primera.

Emergió sacando la cabeza fuera del agua para mirar hacia la bocana del puerto. Las malditas lanchas seguían arando las aguas arriba y abajo de la fila de boyas.

Echando pestes contra los celosos marinos egipcios, Víctor volvió a colocarse la mirilla de cristal, abrió la espita del oxígeno y se sumergió para nadar entre dos aguas en dirección a la estrecha faja de roca que separaba el puerto comercial del militar.

Unos minutos más tarde, las manos de Víctor tocaban en el fondo pedregoso. Ascendió lentamente, gateando hasta que toda la cabeza y parte de su espalda quedaron fuera del agua.

Miró a su alrededor a través del cristal chorreante de su máscara, apartó la goma de su boca y aspiró con fruición el aire puro cargado de sal y yodo. Ante él se extendía la masa compacta de la escollera prolongándose mar afuera, rematada al final por el esbelto faro.

Avanzó unos metros arrastrándose sobre los codos y rodillas. Poco después se encontraba acurrucado entre las rocas rasgando con la punta del cuchillo la bolsa de plástico que envolvía la pistola automática.

Introdujo un cartucho en la recámara del arma y guardó esta en el cinturón. Esperaba no tener que valerse de ella al atravesar la faja de tierra firme que le separaba del puerto comercial.

Un suave chapoteo llamó su atención. Escudriñó a lo largo de la orilla. Un bulto oscuro salía del agua y se arrastraba como un reptil

sobre las rocas. Otro ser de figura imprecisa siguió primero en la oscuridad. Víctor salió de su escondrijo y fue a reunirse con ellos.

Eran Paul Aslan y Sordi. Ambos se habían sentado al amparo de las rocas y Aslan manipulaba en su equipo de inmersión; o sea, el que antes llevaba el italiano.

—¿Todo bien? —susurró Víctor al llegar junto a ellos.

—Espere un momento —contestó Aslan—. Voy a ver si puedo arreglar esto antes de cruzar la escollera.

Víctor sacó la cabeza por encima de la roca y se puso a mirar hacia arriba y abajo. Sintió frío, y aquel lugar se le hizo súbitamente inhóspito y desagradable.

Las ondas chapoteaban medrosamente lamiendo los peñascos cubiertos de resbaladizo musgo. No tardó en escuchar voces y rumor de pasos.

Dos soldados egipcios pasaron por la carretera de cemento que corría por el dorso de la escollera hasta el pie del faro. No había alambradas a este lado del camino, aunque sí del lado que miraba al puerto comercial, según Víctor había podido comprobar con unos prismáticos desde la cubierta del transatlántico.

Los soldados pasaron recortándose sobre el fondo del cielo iluminado por el resplandor de las luces del puerto comercial y se alejaron.

—Esto ya está —anunció Paul Aslan—. La válvula se había atascado.

—Vamos —contestó Víctor.

Los tres «hombres-rana» treparon por las rocas hasta la carretera. Desde allí podían verse las luces del barrio mahometano a la izquierda, los focos del muelle comercial y, junto a este, las hileras de bombillas y las ventanas profundamente iluminadas del «Río de Plata».

—¡Cuidado! —bisbiseó Sordi.

Eran los soldados que volvían haciendo rechinar los clavos de sus recias botas sobre el duro cemento de la carretera. Los tres comandos retrocedieron apresuradamente hasta las rocas de donde habían salido.

Los egipcios pasaron a menos de tres metros de distancia de los comandos judíos sin verles. Cuando se hubieron alejado, Víctor

hizo una seña a sus compañeros y volvió a arrastrarse hasta la carretera.

—Vamos a cruzarla a la carrerilla —anunció a sus amigos.

Cruzaron corriendo la pista de cemento. Ante ellos se alzaba una alambrada.

—Dense prisa —apremió Víctor, muy nervioso—. Yo vigilaré…

Sordi y Aslan sacaron sus alicates del cinturón y empezaron a cortar los hilos de la alambrada. Víctor, mientras tanto, examinaba detenidamente el lugar. Se diñó cuenta de que si los centinelas llegaran mientras ellos estaban cortando la alambrada no podrían encontrar escondite en otra parte que volviendo atrás hacia las rocas del lado del puerto militar. Y para esto tendrían que cruzar la carretera, donde sus figuras se destacarían mucho sobre el blanco del cemento…

Lo que Víctor Olson temía ocurrió cuando sus compañeros ya habían cortado todos los hilos de la primera barrera de alambre espinoso y empezaban a practicar un paso en la que había detrás.

Las botas claveteadas de los centinelas se escucharon distintamente entre el medroso chapoteo de las ondas que lamían la escollera.

—¡Vienen! —exclamó Víctor.

Sordi y Paul Aslan se incorporaron de un salto, mirando hacia el lado por donde se acercaban los ruidos. Los tres hombres permanecieron unos momentos indecisos. Luego, Sordi echó a correr atravesando la pista de cemento hacia las rocas del otro lado de la escollera. Paul Aslan se disponía a seguirle cuando una voz gritó—: ¡Alto! ¿Quién va ahí?

Víctor Olson retuvo a Aslan por un brazo.

—¡Demasiado tarde! —siseó—. Echémonos al suelo.

Sobre el cemento de la carretera sonaban los pasos de los dos soldados egipcios lanzados a la carrera.

—¡Lo vi muy bien! —exclamó uno—. ¡Cruzó el camino y corrió a esconderse entre esas peñas!

Los soldados egipcios corrieron hacia el punto por donde Sordi había desaparecido sin ver a Víctor y a Aslan que se habían echado al suelo junto a la alambrada. Con los fusiles apercibidos para disparar se detuvieron al filo del camino escudriñando entre las

rocas. El leve resplandor que llegaba desde las luces del puerto comercial cabrilleó mortecinamente en las hojas desnudas de las bayonetas.

Víctor Olson acercó la boca al oído de su compañero.

—Si disparan contra Sordi estamos perdidos —susurró.

—Coja su cuchillo y sígame —bisbiseó Paul echando mano del suyo.

Víctor tiró de su cuchillo sin comprender del todo lo que Paul Aslan se proponía. Se puso en pie al mismo tiempo que Aslan y cuando este echó a correr hacia los soldados, él corrió también.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta que Aslan se había desembarazado de los molestos zapatos palmeados de caucho. No así Víctor, que estuvo dos veces a punto de caer mientras cruzaba a saltos la carretera.

Paul Aslan, con los pies desnudos, atravesó sigilosamente el camino y saltó sobre la espalda de uno de los soldados. Un segundo vio Víctor la hoja de su cuchillo relampagueando en el aire.

El segundo soldado se volvió de repente, con el fusil entre las manos. Víctor, que marchaba hacia él con el cuchillo en alto, tropezó violentamente con el egipcio. Este le rechazó dándole un golpe en la cara con la culata del fusil y Víctor, con el entorpecimiento de sus zapatos palmeados, retrocedió dando traspiés cayendo de espaldas.

Emitiendo un sonido gutural, el egipcio cargó contra Víctor con la bayoneta en ristre…

Víctor Olson vio venir contra su pecho la acerada hoja de la bayoneta y reaccionó con la prontitud de todos los seres vivos ante el peligro. Tuvo el tiempo justo para apartarse y dejar que la bayoneta pasara rozándole el costado para arrancar algunas chispas en su choque contra la roca.

Víctor echó un brazo alrededor del cuello del soldado y le arrastró consigo. Los dos rodaron estrechamente abrazados por el suelo.

—¡Soco…!

Ciegamente, con un sentimiento de ferocidad que Víctor Olson desconocía en sí mismo, descargó un golpe de cuchillo contra la espalda del egipcio. El grito de socorro se trocó en un escalofriante

lamento de agonía.

Profundamente impresionado, Víctor se puso en pie contemplando el cadáver de su enemigo.

—Vamos, no perdamos tiempo —oyó decir a Paul Aslan—. Si alguien oyó ese grito no tardará en acudir más gente.

Víctor miró aprensivamente a su compañero y al otro soldado egipcio que yacía a los pies de Aslan, con la yugular espantosamente seccionada. Sordi reapareció saliendo de entre las peñas y el primer arrebato de Víctor fue maldecirle e insultarle por haber huido y dado lugar al incidente.

Se contuvo no obstante. Sordi, al fin y al cabo, no hizo más que lo que Paul Aslan y él mismo se disponían a hacer al oír los pasos de los centinelas y verse en descubierto. La precipitación de Sordi al huir, en suma, fue lo que resolvió el apuro en su favor.

Paul Aslan y Sordi cruzaban ya la carretera cuando Víctor empezó a moverse. Cuando se reunió con ellos estaban dedicados a cortar afanosamente los alambres.

Víctor se preguntó intranquilo cuánto tiempo tardarían en llegar los refuerzos atraídos por el grito del moribundo. También se entretuvo haciendo conjeturas a propósito de lo que pensarían los jefes egipcios al encontrar acuchillados a dos de sus centinelas. Si llegaban a sospechar que pudieran haber sido muertos por «hombres-rana», la misión podría darse por fracasada…

—¡Listo! Esto ya está —anunció Paul Aslan apartando los últimos alambres que acababa de cortar.

Víctor miró arriba y abajo de la carretera. Nadie. La escollera parecía desierta.

—Oiga, Aslan —dijo Víctor—. ¿Por qué no hacemos desaparecer los cadáveres arrojándolos al agua?

Aslan meditó unos instantes.

—¿Cree que eso servirá para algo? —preguntó.

—Servirá al menos para desconcertar a las autoridades militares egipcias. Quizá piensen que los soldados han desertado… ¿quién sabe? Lo importante es impedir que lleguen a adivinar la verdad. Dentro de cinco horas, las nueve de la mañana, las bombas entrarán en acción haciendo estallar esos barcos cargados de explosivos. Lo que los egipcios piensen después de las nueve de la

mañana no nos importa, pero hasta esa hora ¡no podemos dejar que sospechen siquiera lo que aquí ha ocurrido!

—Bien —dijo Sordi—. Total es cuestión de perder algunos minutos más. Arrojemos los cadáveres al agua. Pasarán más de veinticuatro horas antes que el mar devuelva esos cuerpos.

Paul Aslan asintió.

Volvieron a cruzar la carretera hasta los cadáveres. Cogiendo al primero de la cabeza y los pies, Sordi y Aslan lo llevaron a través de la brecha de la alambrada y lo arrojaron al agua. En el segundo viaje, Víctor cogió el otro cadáver por los pies y Paul Aslan lo hizo por debajo de los sobacos. Sordi recogió los fusiles para echarlos al agua.

Las ropas del soldado egipcio se engancharon en el alambre espinoso. Escuchóse el ruido de la tela que se rasgaba y Sordi señaló un pedazo de tela que había quedado adherida a los alambres.

—Déjelo —le indicó Aslan—. Cuando los investigadores encuentren ese pedazo de tejido quizá piensen que fueron los mismos soldados quienes cortaron la alambrada para escapar.

El segundo cadáver se zambulló en las negras aguas del puerto comercial con un chapoteo lúgubre.

—Ahora —dijo Víctor—, asegurémonos de que no dejamos nada de nuestro equipo atrás.

Los tres judíos se calzaron sus zapatos palmeados y se metieron en el agua. Poco después nadaban entre dos aguas en dirección al transatlántico.

Cuando llegaron al costado del «Río de Plata» lo contornearon hasta alcanzar el costado opuesto al muelle. La cuerda estaba colgando del portillo del camarote de Víctor. Los «hombres-rana» se despojaron de sus equipos, los cuales metieron en la gran bolsa impermeable atada al extremo de la cuerda.

Víctor dio un suave tirón a la cuerda e inmediatamente esta fue izada hasta el portillo. Los judíos nadaron entonces hasta el lugar por el que se habían descolgado. Tuvieron que esperar un rato antes que un rostro se asomara sobre sus cabezas por la borda y una cuerda cayera por el costado del barco.

Paul Aslan fue el primero en subir. Al llegar arriba encontró a

una Ruth Olson toda temblorosa, que le estrechó las manos húmedas y frías, con fuerza.

—¿Todo bien?

Los bellos ojos de la muchacha brillaban en la semipenumbra con expresión angustiada.

—Tranquilícese, todo fue bien.

Sordi subió por la cuerda y Víctor le siguió poco después.

—¿Crees que alguien habrá notado nuestra ausencia? —preguntó a su hermana mientras se ponía velozmente las ropas secas escondidas en el próximo bote salvavidas.

—Esa muchacha francesa, Nicole, me preguntó por ti cuando se retiraba hacia su camarote.

Víctor asintió con un gruñido.

—Vuelvan cada uno a su camarote —ordenó—. Yo voy a hacerlo primero con Ruth y ustedes lo harán a intervalos de cinco a diez minutos.

Eran alrededor de las cuatro y media de la madrugada cuando los hermanos Olson cruzaron los desiertos y silenciosos corredores del transatlántico en busca de sus respectivos camarotes. Minutos más tarde, Víctor Olson entraba en su compartimiento y despojándose de las ropas semihúmedas se vestía un cómodo pijama.

Todavía se entretuvo unos minutos guardando los equipos de inmersión en el baúl y escondiendo este en un armario antes de acostarse. Luego encendió un cigarrillo, se acostó y apagó las luces.

Tal y como había imaginado, no pudo conciliar el sueño. La excitación perduraba todavía en su ánimo y el recuerdo de los dos soldados egipcios muertos le desasosegaba.

Encendió las luces de la cabecera de la cama, tomó un libro al azar y se puso a leer…

Todo en vano. La lectura no solo no trajo a sus párpados el ansiado sueño, sino que ni siquiera logró retener su atención. Los minutos empezaron a transcurrir con una lentitud exasperante. Eran las cinco y ¡todavía faltaban cuatro horas para la explosión! Tres horas para la salida del barco, que había sido fijada a las ocho de la mañana.

Fueron aquellas las tres horas más largas de toda su vida. En el

transcurso de las mismas, dudas, temores, recelos y preocupaciones pasaron por su ánimo causando su desazón y desesperación. ¿Habrían descubierto ya la falta de los centinelas en la escollera? ¿Sería posible que alguien descubriera los cadáveres arrojados al mar? ¿Llegarían a tiempo los egipcios para retirar aquellas bombas fijas a la quilla de los barcos cargados de explosivos?

La luz del nuevo día iba haciéndose más potente por instantes. En el muelle próximo empezaban a escucharse los primeros ruidos, anunciadores de una actividad que despertaba con la salida del sol. Otros ruidos más débiles dejaban presumir que los servicios domésticos del gran paquebote se habían reanudado también.

A las siete y treinta minutos de la mañana Víctor Olson abrió la puerta de su camarote y salió al corredor completamente vestido. Aunque llevaba pantalón blanco y chaqueta deportiva, su intención evidente no era la de dedicarse al ejercicio físico en la cubierta de paseo. En las manos llevaba unos potentes prismáticos.

Una puerta del mismo corredor se abrió al mismo tiempo que la del joven millonario y el señor Heston asomó llevando una venda alrededor de la cabeza.

—¡Hola! —saludó Víctor, un poco sorprendido—. ¿Qué le ocurre a su cabeza?

—¿Tiene usted la bondad de entrar un momento? —contestó el escritor, cuyo semblante aparecía ligeramente pálido.

Víctor entró. Mientras el escritor cerraba la puerta observó que la venda presentaba una mancha de sangre en la nuca y esto le alarmó.

—¡Caramba! —exclamó—. Perdone si tomé la cosa a broma. Parece que realmente se ha herido usted.

—Precisamente de ello quería hablarle —repuso el escritor palpándose la ensangrentada venda—. Anoche estuve a visitarle en su camarote. Usted no estaba allí, pero había una cuerda colgando por el portillo abierto…

Las angulosidades de la mandíbula de Víctor Olson se marcaron a través de la piel cuando el norteamericano apretó los dientes.

—¿Sí? —preguntó entornando los párpados.

—Apenas había dado dos pasos en su habitación —continuó el escritor— cuando alguien me derribó de un golpe en la nuca. Perdí

el sentido… y cuando lo recobré me encontraba en mi propio camarote. Supongo que usted mismo me trajo aquí, y por lo tanto es un poco tonto contarle lo que usted conoce demasiado bien.

Víctor Olson se puso a mirar el piso, sin atreverse a levantar sus ojos hasta los de su interlocutor.

—¿Y… y bien? —murmuró después de un significativo carraspeo.

—No le guardo rencor por el golpe, aunque bien pudo matarme sin haberlo querido —dijo el hombre haciendo una mueca—. Yo allané su camarote y usted tenía derecho a tratarme como lo hizo, sobre todo, después que otro intruso intentó clavarle un puñal por la espalda hace algunos días. Solamente quería decirle que… no debe temer nada por mi parte. No sé lo que usted y sus amigos se traen entre manos, ni me importa. Pero cualquier cosa que sea… me tienen ustedes de su parte.

Víctor Olson se atrevió al fin a levantar sus ojos hasta el pálido rostro del escritor. Puesto que este presentaba una herida en la cabeza y aseguraba haber visto la cuerda colgando por el portillo, parecía inútil intentar negar nada. No obstante, Víctor necesitaba comprobar aquella historia antes de descubrirse. Así que murmuró:

—No sé… no estoy muy seguro de entender lo que usted me dice, caballero. No obstante… haré averiguaciones. Discúlpeme…

El escritor acogió la confusión del joven con una sonrisa de complicidad y un amistoso movimiento de cabeza.

Víctor abandonó precipitadamente el camarote, yendo a llamar con los nudillos en la puerta del camarote de su hermana. Ruth, ojerosa y desmelenada, abrió y le miró por el intersticio de la puerta entornada.

—¡Ah, eres tú! —y abrió dejándole entrar—. No he podido pegar ojo en toda la noche.

—Ruth —dijo Víctor—. ¿Fuiste tú quien le propinó un golpe en la nuca a Mr. Gregory Heston?

—¡Dios mío! ¿Por qué había de hacerlo? —exclamó la muchacha sorprendida.

Víctor le refirió entonces su conversación con el escritor. La joven negó moviendo de un lado a otro su despeinada cabellera.

—No sé siquiera de qué me estás hablando —aseguró. Y no

bromeaba—. La cuerda no estuvo colgando del portillo más tiempo del que empleé en seguiros arriba y recoger la cuerda por la que bajasteis al agua. Cuando volví a tu camarote todo seguía igual como lo dejé. Y ese hombre no estaba allí, te lo aseguro.

Los dos hermanos se entregaron entonces a toda suerte de conjeturas. Como era natural, no pudieron ponerse de acuerdo acerca de si el escritor mentía o realmente había recibido un golpe al entrar a fisgonear en el camarote de Víctor.

—Pero si le golpearon, ¿quién lo hizo? —era la pregunta que Víctor se repitió una y otra vez.

Y no fue sino hasta un buen rato más tarde cuando al consultar su reloj vio que pasaban diez minutos de las ocho.

—Mi reloj debe de andar mal —farfulló—. Deberíamos haber zarpado a las ocho en punto.

Pero el reloj de Víctor no andaba mal, a menos que el despertador de Ruth y su reloj de pulsera adelantaran exactamente los mismos minutos. Raudo como una centella, un pensamiento atroz cruzó la mente de los dos hermanos.

—¡Si los egipcios hubieran descubierto las bombas y sospecharan de nosotros! —exclamó Ruth.

Víctor estaba pensando lo mismo. Rápidamente abandonó el camarote de su hermana saliendo al pasillo. Apenas había andado unos pasos cuando vio a Paul Aslan doblando el recodo del corredor. A juzgar por las trazas, tampoco Aslan debió de dormir mucho aquella madrugada. Se saludaron como dos buenos amigos, aunque un poco precipitadamente.

—¿Qué ocurre? Creí que zarpábamos a las ocho en punto —dijo Víctor.

—La salida se ha retrasado una hora por cuestión de no sé qué endiablados trámites —aseguró Aslan.

Considerablemente aliviado Víctor subió a cubierta. Allí se encontró con Miss Mercier, la cual vestía pantalones largos y un «sweater» de punto muy ajustado. Ella, con las mejillas arreboladas por el ejercicio que acababa de hacer, le saludó con su alegría habitual. Se acodaron en la borda.

Mientras charlaban, como al azar, Víctor empuñó los prismáticos y los asestó sobre la escollera que separa el puerto

militar del puerto comercial de Alejandría. Nada de cuanto ocurría en la escollera indicaba que se hubieran tomado medidas extraordinarias después de la desaparición de los dos centinelas.

A las ocho y treinta se dejó oír el ensordecedor mugido de la sirena del «Río de Plata». Este sonido pareció atraer a cubierta al doctor Sordi y a Ruth, acompañada de Paul Aslan.

Quince minutos después sonó por segunda vez la sirena del paquebote y empezaron a verse preparativos concernientes a la maniobra de levar anclas Numerosos pasajeros estaban congregados en cubierta, dispuestos a asistir a la salida del barco.

Se retiró la pasarela. El transatlántico volvió a dejar oír su sirena. Sonó un silbato y se escuchó el traqueteo de la maquinilla que arrollaba la cadena del ancla.

El «Río de Plata» empezó a separarse lentamente del muelle.

Acodados en la borda, cuatro pasajeros tenían la mirada clavada en los escasos barcos fondeados en el contiguo muelle militar. Con ellos, Nicole Mercier parloteaba como una cotorrilla, ora volviéndose hacia uno, ora hacia otro, sin darse cuenta al parecer del poco caso que nadie le hacía ni de la formidable tensión nerviosa a que estaban sometidos sus amigos.

A las nueve en punto se dejó sentir bajo las planchas el primer latido de las máquinas del «Río de Plata». Un remolino de espuma se levantó a popa del barco cuando las hélices echaron a andar. El transatlántico empezó a moverse en dirección a la bocana del puerto.

De pronto…

Un relámpago deslumbrador brilló en mitad del puerto militar, al otro lado de la lengua de tierra que terminaba en el faro. La superficie del mar tembló como la piel de un caballo nervioso y una explosión horrísona atronó el espacio.

Los pasajeros del «Río de Plata» se agolparon en la borda de estribor, a tiempo muchos de ellos para ver subir hacia el cielo una deslumbrante llamarada en forma de abanico.

Una segunda explosión conmovió la gigantesca mole del paquebote. Uno y otro estallido fueron localizados inmediatamente como procedentes de dos barcos que aparecían anclados en medio del puerto militar. Las explosiones se sucedían una a otra, alzando en vilo a los barcos. A través de las llamas se veían subir a gran

altura los objetos despedidos por la fuerza de las explosiones; maderos, hierros retorcidos, piezas de artillería, una chimenea entera…

Un enorme penacho de humo levantábase hacia el cielo cuando Víctor Olson se volvió a mirar uno por uno a su hermana y sus dos compañeros. En aquella rápida mirada intercambiada al hurto, los comandos se felicitaban mutuamente por el ruidoso éxito de su primera misión.

Mientras tanto, las explosiones se sucedían y el «Río de Plata», sin disminuir la velocidad, antes bien aumentándola, cruzaba la bocana del puerto y se adentraba en la mar libre…

CAPÍTULO IV

PORT-SAID, tercera capital de Egipto y puerto importantísimo, apareció ante la vista de los pasajeros del «Río de Plata».

Víctor Olson y su hermana, acompañados de Paul Aslan, contemplaban con interés el movimiento de barcos y la febril actividad del muelle. Repentinamente Víctor hizo un descubrimiento que le obligó a lanzar una sorda exclamación.

—¡Mirar hacia vuestra derecha! —murmuró con excitación.

Sus compañeros dirigieron sus pupilas hacia el lugar señalado por Víctor. Tres destructores egipcios con las calderas a presión, según se desprendía del humo que salía de sus chimeneas, se presentaron ante sus ojos.

—Qué buen trabajo podríamos hacer ahí, ¿verdad? —susurró, repentinamente, una voz tras ellos.

Se volvieron los tres a una, clavando su sorprendida mirada en quien había hablado. Era Sordi que miraba con ojos codiciosos a los destructores.

—Esperemos que el «enlace» piense igual —murmuró Víctor.

—Es de suponer—masculló Sordi. Luego—: Están echando la pasarela… Corren rumores de que los ánimos están muy excitados. El mismo capitán aconseja que si bajamos lo hagamos en grupo… ¿No les parece conveniente que desembarquemos cuanto antes? Podría llegar una nueva orden impidiéndonos descender…

—Yo creo que deberíamos aguardar a que el agente nos diera instrucciones —insinuó Ruth.

—No creo que lo haga a bordo —opinó Víctor—. Lo más probable es que aproveche la aglomeración de la gente para entregarnos, disimuladamente, alguna nota.

Pero no fue así.

Cuando se separaron los comandos, para dirigirse a sus respectivos camarotes y cambiarse de traje, Víctor fue hacia el suyo. Bajó la escalerilla y cruzó el pasillo disponiéndose a penetrar en su camarote.

—«Chis» —susurró una voz.

Se volvió y se encontró con Nicole Mercier que acabada de salir de su camarote y se acercaba rápidamente al americano.

—No le permito que se me escape esta vez —murmuró la joven —. Le voy a esperar en su misma puerta hasta que salga… ¿Le importa que baje con usted a tierra?

Él sonrió.

—De todas formas usted está decidida a no dejarme escapar, ¿no es eso? —exclamó Víctor, haciendo girar el picaporte de su cuarto.

Ella hizo un mohín de burla y afirmó enérgicamente con la cabeza, agitando sus bucles dorados.

Él la miró con admiración y abrió la puerta.

—Ahora, si me permite, me cambiaré de… —se detuvo. Acababa de descubrir que Nicole no le escuchaba. Estaba mirando hacia los pies de Víctor con curiosidad.

—¿Qué es eso? —la oyó decir.

El muchacho siguió la dirección que los rasgados ojos verdes le señalaban. En el suelo había un papel blanco doblado en dos. Víctor palideció al verlo y se agachó rápidamente, cogiéndolo y guardándoselo, en el bolsillo.

—¿No va a mirar lo que es? —preguntó Nicole con curiosidad —. Se lo han debido de echar por debajo de la puerta…

—No tiene importancia —murmuró Víctor sin saber qué decir —. Bueno Nicole, voy a vestirme si usted me lo permite.

Ella retrocedió al pasillo, sin apartar su mirada del bolsillo de Víctor.

—Sí, claro, le esperaré aquí fuera —dijo distraída—. Pero sigo pensando que debería mirar lo que dice en ese papel…

—¡Claro que lo leeré! —contestó él empujándola suavemente—. Ahora déjeme, Nicole.

Cerró la puerta, apoyándose en ella. Ávidamente metió su temblorosa mano en el bolsillo y sacó el papel. Lo desdobló y

apareció ante él un nombre y una dirección. «Samuel Berley. Tienda de Curiosidades». A continuación la calle y el número.

Víctor guardó cuidadosamente la nota en su cartera y se vistió apresuradamente. Desde fuera, Nicole Mercier le apremiaba sin cesar.

—No sea usted tan impaciente, ¿tantas ganas tiene de visitar Port-Said? —bromeó Víctor uniéndose a ella.

—No es eso —contestó la francesa—. Solo que no me fiaba de usted. Tenía que asegurarme de que no se me había escapado por el portillo.

Víctor le lanzó una rápida ojeada. ¿Habría dicho aquello con alguna intención? ¿Habría visto descolgar los equipos cuando hicieron el trabajo en Alejandría?… La muchacha no pareció darle importancia a lo que había dicho y siguió parloteando sin volver a mencionar eso.

Tampoco hizo ninguna nueva alusión sobre el papel que sorprendiera en el suelo.

Subieron la escalerilla y se reunieron al resto del comando que les esperaba en cubierta. También estaba con ellos Miss Mason, una ferviente admiradora del doctor Sordi.

Bajaron a tierra todos juntos. Yendo en grupo nadie podría sospechar de ellos.

Víctor no encontró ocasión de comunicar a sus compañeros las órdenes recibidas. Tuvo que buscar un pretexto para acudir a la tienda que le indicaban.

—Me aconsejó un amigo que no dejara de visitar la tienda de Samuel Berley. Tiene objetos de extraordinario valor y belleza —dijo a sus acompañantes.

Su hermana le miró con sorpresa. Sordi captó la mirada de Ruth y comprendió que esta ignoraba la existencia de esa tienda. «Aquí hay algo» —pensó. Y se dispuso a apoyar a Víctor para que visitaran la tienda. Un guardia les indicó por dónde encontrarían la calle. Llegaron a ella y fueron mirando números hasta que descubrieron una tiendecilla sucia y maloliente, de un solo escaparate totalmente invadido de heterogéneos objetos, y con una puertecilla derrengada y pringosa.

—¡Caramba con su amigo! —musitó Paul Aslan—. Yo no veo la

belleza por ninguna parte.

Nicole se había acercado al escaparate y contemplaba con admiración una pequeña estatuilla de porcelana. Era una pastora admirablemente modelada.

—Qué poco entiende usted de arte, amigo mío —sonrió Nicole —. ¿Qué me dice de esa pastora?

Paul Aslan miró por encima del hombro de la francesa. El dedito femenino señalaba hacia donde se encontraba la delicada figurilla pero junto a ella había un demoníaco buda, panzudo y rechoncho, que les parecía contemplar a través de unos malévolos ojillos. Y fue allí hacia donde el mecánico miró.

—¡No me diga! —barbotó—. ¿Eso una pastora?…

Contestó a sus palabras un coro de carcajadas. Riendo aún, penetraron todos en la tienda. Su interior era idéntico al de cualquier tienda de antigüedades de cualquier lugar del mundo.

—¿Qué desean los señores?

Todos miraron hacia donde había sonado la voz. Medio oculto entre la profusión de cachivaches estaba un viejo sentado. Iba vestido de negro. Era delgado y pequeño y cuando los recién llegados se acostumbraron a la luz, observaron que era un chino. Su acento, no obstante, no le había delatado.

—Me han indicado que venga aquí —explicó Víctor con doble intención, lanzando al oriental una mirada de advertencia—. ¿Es usted Samuel Berley?

El hombre afirmó con la cabeza. Sus ojillos inexpresivos miraron con atención al americano.

—¿Quería algún encargo? —exclamó, lanzando una mirada a los acompañantes de Víctor.

—No… solo hacer algunas compras —contestó Víctor—. ¿Todo lo que tiene está a la vista?

—Tengo algo en la trastienda que puede interesarle —dichas estas palabras se levantó, después de comprobar que el resto del grupo contemplaba curioso y distraído los diversos objetos que llenaban la tienda.

Víctor se dispuso a seguir al tendero. De pronto, la manecita de Nicole le cogió del brazo.

—¿Puedo entrar yo también? —le preguntó mimosa.

Víctor se detuvo indeciso sin saber qué responder. El chino se volvió y miró a Víctor interrogante.

Pero fue Ruth quien salvó la situación, yendo en ayuda de Víctor.

—Mire, Nicole —exclamó—. Deme su opinión sobre este dije. Me están entrando deseos de adquirirlo…

La francesa sonrió a Víctor y fue hacia Ruth. El americano aprovechó la ocasión y siguió al tendero al interior de la trastienda.

El hombre se aseguró de que nadie les había seguido y comenzó a hablar con rapidez.

—Hay un cobertizo en el muelle, a diez metros de la última rampa. Deben acudir a las once de la noche. Yo les estaré esperando con las bombas de relojería. Allí encontrarían también un par de equipos de inmersión, de manera que no es necesario que vuelvan al barco para tomar los suyos.

—Pero el barco zarpa a las doce en punto… cualquier contratiempo podría obligarnos a quedar en tierra… —exclamó Víctor preocupado.

—No se preocupe. El trabajo es fácil. Solo cuestión de media hora… —tranquilizó el tendero, disponiéndose a salir.

Víctor le siguió. Sus compañeros le estaban esperando.

—¡Admirable! ¡Realmente admirable! —exclamó Víctor como si viniera hablando con el oriental—. Solo siento no poder adquirirlo.

—¿De qué se trata? —preguntaron varias voces.

Víctor comenzó a hablar:

—Una verdadera obra de arte. Pero solo la enseñan a título de curiosidad. No está a la venta. No obstante…

—Queremos verla —exclamó Miss Mason, sonriendo seductoramente al doctor Sordi, quien, galante, lanzó una mirada al tendero.

—Está bien —murmuró este—. Pasen con cuidado.

Le siguieron todos menos Víctor y Paul Aslan. Este último no tenía gran interés al parecer. Aunque la realidad es que quería quedarse a solas con Víctor.

En cuanto quedaron a solas, Víctor contó al mecánico todo lo referente a la nota y a las instrucciones recién recibidas.

—Va a ser difícil hablar con Sordi —siguió diciendo Víctor—.

No tenemos más remedio que actuar nosotros solos sin participarlo a Sordi ni a mi hermana.

Salieron los demás de la trastienda. Comentaban entusiasmados lo que el tendero les había mostrado. Víctor se preguntó cómo se las habría ingeniado el agente.

Nicole emparejó inmediatamente con él. Echaron a andar delante de los demás. Nicole pareció estar muy risueña.

—Dígame, Víctor, dígame su opinión sobre la obra de arte que guarda ahí dentro ese chino… —murmuró sonriendo—. ¿No le parece que su lugar está en un museo?

—Sí… claro.

—¿Qué es lo que más le ha gustado de ese tesoro? —insistió ella.

—Pues no sé… dijo al fin.

—A mí las patitas —dijo Nicole con mirada soñadora—. Son tan hermosas… tan bien modeladas…

«Se trata de un animal pensó Víctor, tal vez algún animal mitológico. Y si tiene patitas, por fuerza debe tener cabeza». Se decidió.

—Pues a mí lo que más me agrada es la cabeza —exclamó con decisión.

Nicole se detuvo y lo miró con los ojos muy abiertos. De repente comenzó a reír. Víctor creyó que no iba a acabar nunca. La muchacha, riendo aún se apartó de él como si no pudiera continuar a su lado. Aun desde lejos, cada vez que lo miraba volvía a reír.

Víctor se sentía en un mar de confusiones. Se acercó a su hermana y le preguntó por lo bajo:

—Oye, ¿qué demonios os ha enseñado el chino ese?

Su hermana le miró unos segundos.

—¿Por qué lo preguntas?… Una mesita de té —fue la sorprendente contestación.

Víctor creyó que el mundo se le derrumbaba encima, ¡Una mesita! ¡Y él había dicho que lo que más le agradó fue la cabeza! Razón tenía Nicole para reír. ¿Qué pensaría de él? No se atrevió a preguntárselo.

Visitaron algunos lugares típicos de Port-Said. Cansados de tanto andar, escogieron un restaurante europeo para cenar. Miss

Mason estaba deseosa de visitar un salón típico.

—Tengan en cuenta que debemos estar de vuelta antes de las doce —recordó Sordi que no podía disimular que se sentía disgustado.

Eran las diez y media. Podían estar todavía una hora. Decidieron dirigirse al que el camarero les aconsejó.

Se trataba de un moderno edificio influenciado por la arquitectura árabe. Penetraron en él cuando una odalisca estaba bailando en una pista redonda. Les acomodaron en unas mesas situadas junto a la puerta. Les sirvieron bebidas y los turistas comenzaron a beber y a charlar alegremente. Víctor susurró unas palabras, en un momento de descuido de los demás, en el oído de Paul Aslan. Este asintió levemente y comenzó a mirar con atención a la bailarina. Víctor de vez en cuando consultaba su reloj.

Paul Aslan seguía bebiendo y mirando a la bailarina. Parecía que se estaba mareando.

—No beba más —Paul le dijo Ruth.

Él la miró a través de sus párpados semicerrados.

—Usted no ha de pagarlo —le contestó con voz insegura.

—¡Está borracho! —le apostrofó Ruth.

En aquel instante, la bailarina se disponía a retirarse. Paul Aslan se levantó repentinamente volcando la silla. Se apartó de la mesa bamboleándose, y fue tras la bailarina que acababa de desaparecer por una puerta situada al fondo.

Víctor se puso en pie.

—Voy a detenerlo.

Corrió tras el mecánico que desaparecía por la puerta. Cuando llegó, un camarero empujaba a Paul hacia la sala.

—Espere, amigo —susurró Víctor—. Mire a este hombre. ¿No ve que no está borracho?

Efectivamente. Paul parecía haber recuperado instantáneamente su serenidad. El camarero pestañeó.

—Solo queríamos hacer una pantomima delante de nuestras respectivas esposas —deslizó un billete en la mano del camarero que le escuchaba sorprendido—. Queremos divertirnos, ¿comprende? Zarpamos a las doce y no nos las podemos despegar de encima.

El camarero comprendió al fin. Distendió sus labios en una amplia sonrisa.

—Yo les mostraré otra salida —exclamó, guardándose el dinero —. Y si lo desean puedo darles una excusa a sus esposas.

—De acuerdo —aprobó Víctor—. Dígales que míster Aslan se encuentra un poco indispuesto y que su amigo le ha llevado al barco.

Dejaron que el camarero diera el recado y ellos salieron por la puerta que este les había mostrado. Una vez en la calle se dirigieron a toda prisa al muelle. Faltaban cinco minutos para las once.

Estuvieron en pocos instantes en el muelle. Encontrar el cobertizo fue harina de otro costal. Las rampas eran todas iguales, corrían de un lado para otro y a ellos les parecía que estaban siempre en el mismo sitio.

Eran cerca de las once y diez minutos cuando al fin lograron localizar la última rampa. Casi enseguida encontraron el cobertizo. Se dirigieron rápidamente a él. Samuel Berley, que debía de haberles visto llegar, les abrió la puerta.

—Llegan ustedes un poco tarde —les dijo—. Tendrán que darse prisa.

De un cajón que descansaba en el rincón del almacén extrajo dos equipos de inmersión. Víctor y Paul se estaban despojando ya de sus ropas, las cuales fueron a parar dentro del mismo cajón. Tomaron el equipo y se lo endosaron ayudándose el uno al otro.

—Tomen las bombas —les dijo Samuel—. Y trátenlas con cuidado. Son de fabricación casera.

Los dos comandos se miraron uno al otro antes de tomar con sus manos los tres rudimentarios artefactos. No sin aprensión, los cogieron escuchando las breves explicaciones que acerca de su manejo les hacía el chino. Samuel entregó también a cada uno una pistola automática de grueso calibre envueltas en sendas bolsas de celofán.

Los comandos colgaron las bombas de sus cinturones y salieron del almacén encaminándose hacia la rampa.

—¿Cree usted que llegaremos a los destructores antes de que hagan explosión estos malditos chismes? —refunfuñó Aslan al

introducirse en el agua.

Víctor abrió la espita de su botella de oxígeno,

—Por si acaso nos daremos prisa.

Los dos hombres se zambulleron, nadando entre dos aguas en dirección de los destructores. Dos veces emergieron a flor de agua para orientarse. Al tercer intento tocaron en el casco del primer destructor de la línea. Víctor descolgó una bomba de su cinto y la sujetó a la quilla del buque por medio del torniquete. Sintió que la mano le temblaba al buscar a tientas el pasador de seguridad y arrancarlo de un tirón. No le merecían mucha confianza aquellos artefactos de construcción casera.

La bomba no estalló, en contra de lo que Víctor se recelaba.

Rápidamente pasaron por debajo de la quilla hasta el destructor inmediato. Paul Aslan repitió a tientas la operación que Víctor había realizado en el primer barco. A Víctor le hubiera agradado saber lo que pensaba su amigo en el momento de tirar de aquel diabólico seguro. Un codazo de Aslan le indicó que la operación estaba concluida. Pasando por debajo de la quilla, nadaron como delfines hasta tropezar con el casco del último barco de la fila. Víctor tomó de su cinturón la última bomba y empezó a atornillarla en la más profunda oscuridad.

Para cuando tiró del pasador del seguro, Víctor sentía algo más de confianza en aquellos chismes de artesanía. Al arrancar el seguro escuchó un pequeño «clic» metálico que le puso los cabellos de punta.

Un pánico cerval le dominó en los breves segundos que estuvo esperando verse deshecho por una prematura explosión. Decidió apartarse de allí lo más rápidamente posible. Una explosión submarina aunque se produjera a alguna distancia de ellos, podía matarles por la presión, tan certeramente como por una lluvia de metralla.

Propinó un codazo a Aslan y salió nadando con toda la rapidez que era capaz de desarrollar. Un centenar de metros más allá sacó la cabeza fuera del agua. Volvió a sumergirse para nadar otros cien metros en pos de Paul Aslan, que le había sacado alguna delantera. Al cabo de unos minutos tropezó con las piernas de Aslan que acababa de emerger a la superficie. Víctor ascendió también y en el momento de sacar la cabeza fuera del agua sucedió lo que habían

estado temiendo.

Una columna de agua se levantó junto a la borda del último destructor, proyectada a gran altura por una cegadora llamarada y una terrorífica explosión.

—¡Esto me lo estaba temiendo yo! —exclamó Paul Aslan escupiendo el extremo del tubo de goma—. ¿No oyó usted aquel «clic» metálico?

—Lo escuché —contestó Víctor al mismo tiempo que el destructor herido soltaba el rugido de su sirena.

—El percusor debió saltar en aquel momento. Jamás comprenderé por qué la bomba no estalló en aquel mismo instante.

Hasta ellos llegó la súbita actividad que se extendió por todo el muelle a raíz de la explosión. Lanchas de salvamento, botes y barcos de servicio de extinción de incendios se apresuraban a correr en dirección del buque siniestrado. El muelle se llenó de luces, de ruido y de gentes que corrían apresuradamente.

Mientras tanto, las sirenas de los destructores atronaban el aire en perentoria demanda de auxilio.

Los «hombres-rana» apresuráronse en sumergirse nadando velozmente hacia tierra. Salieron por una de las rampas. No se entretuvieron más de dos segundos en desembarazarse de los molestos zapatos palmeados. En este instante fueron vistos por alguien que gritó;

—¡Aquí… son buceadores! ¡A ellos!

Repentinamente empezaron a brotar soldados de todas partes. Dos miembros de la policía militar corrieron en su dirección esgrimiendo sus porras.

Víctor le disparó un puñetazo en la cara al primero que se le acercó. El soldado retrocedió impelido por la fuerza del golpe y chocó con su compañero, rodando los dos por la rampa. Víctor y Paul saltaron por encima de los policías y siguieron adelante.

Una bala silbó sobre sus cabezas. Se escuchó un disparo. Víctor Olson, mientras corría rasgó la bolsa de celofán y empuñó la pistola. Paul Aslan le imitó.

Creían que el almacén de donde habían salido se encontraba al final de las rampas, pero no era así. La rampa donde vinieron a salir era otra distinta de aquella que utilizaron para introducirse en

el agua.

Doblaron la esquina de un almacén. Súbitamente se tropezaron con tres soldados que venían corriendo en dirección opuesta. Víctor le pegó a uno de ellos en la frente con el cañón de su pistola. Otro de los soldados se arrojó impetuosamente sobre Paul Aslan. El mecánico se hizo a un lado zancadilleándole y haciéndole caer de bruces.

El tercero intentó empuñar la pistola. Víctor le propinó una patada en la ingle. El egipcio aulló de dolor, llevándose las manos al vientre.

Víctor Olson siguió adelante con Paul Aslan pisándole los talones. A sus espaldas sonaron dos disparos. Los comandos doblaron apresuradamente una esquina, echando a correr por un angosto callejón entre dos almacenes.

—¡Hemos de despistarles enseguida! —dijo Paul entre jadeos—. Apenas deben faltar quince minutos para la salida del barco.

En pos de los comandos sonaban los gritos y los pasos precipitados de los perseguidores,

Repentinamente, Víctor advirtió un portal que se abría en el muro del edificio.

—Vengan por aquí.

Paul Aslan le siguió al interior de un almacén lleno de balas de algodón. El local estaba parcamente alumbrado por un par de bombillas muy altas y cubiertas de telarañas.

Los «hombres-rana» se introdujeron por un angosto paso entre dos pirámides de bultos. Se detuvieron jadeantes. Víctor se desembarazó rápidamente del molesto tubo de oxígeno y Paul Aslan le imitó arrojando el suyo al suelo.

Al otro lado de la montaña de pacas de algodón se escuchó la voz de los soldados.

—Deben haberse ocultado aquí. No pueden haber tenido tiempo de llegar al final de la calle…

—¡Registre ese almacén! —aulló otra voz.

Paul Aslan hizo una seña a su compañero. Los dos treparon por la pila de fardos hasta la cúspide del montón. Echaron a correr saltando de un fardo a otro en busca de una ventana. Detrás de ellos una voz gritó:

—¡Aquí están las botellas que llevaban a la espalda!

Una ventana abierta a ras del nivel de la montaña de fardos atrajo la atención de los fugitivos.

—¡Por allí!

Víctor no dudó un instante. Se arrojó de cabeza por la abertura dando una voltereta en el aire para ir a caer sentado sobre un montón de basura. Paul Aslan cayó junto a él, dio unas volteretas y se puso en pie de un salto.

Los soldados registraban todavía el almacén cuando los dos comandos corrían ya en dirección al puerto.

Sorteando entre las montañas de diversas mercancías buscaros ansiosamente el cobertizo donde habían dejado sus ropas.

—¡Hemos de encontrar ese maldito almacén enseguida! —casi gritó el americano.

Siguieron buscando febrilmente. Ambos sentían sus nervios en tensión, a punto de estallar. Al mismo tiempo que avanzaban vigilaban con atención para eludir otro posible encuentro con los soldados.

Por encima del tejado de los almacenes se alzaba un penacho de humo y de llamas procedente del destructor siniestrado.

Repentinamente, se vieron frente al cobertizo. Un suspiro de alivio salió de los jadeantes pechos de los comandos. Entraron corriendo en el almacén.

Samuel Berley había desaparecido. Corrieron hacia el cajón donde habían echado su ropa. Las ropas seguían allí.

Vistiéronse apresuradamente, alertas al menor ruido que les indicara la proximidad de sus perseguidores. Con sus ropas Víctor recuperó su reloj de pulsera.

—¡Cielos, faltan cuatro minutos para la salida del barco!

Con los zapatos sin atar y las ropas desabrochadas salieron del cobertizo como alma que lleva el diablo, cruzando a grandes zancadas el muelle en dirección a las luces de la arboladura del paquebote que se divisaban sobre todas las de los otros barcos surtos en el puerto.

Cuando llegaban a la vista de la pasarela del «Río de Plata», un oficial de la policía militar al mando de dos soldados les detuvo con un ademán autoritario.

—Somos turistas norteamericanos —dijo Víctor señalando al paquebote—. Nuestro barco va a zarpar.

El oficial miró hacia el transatlántico, donde un grupo de marineros se disponían a retirar la pasarela.

—Está bien —gruñó malhumorado. Y les dejó pasar.

Víctor y Paul alcanzaron al fin la tan ansiada pasarela. Ninguno de ellos había imaginado jamás que hubiera de llegar un día en que sintieran tan inefable alivio al pisar la cubierta de este barco.

—¡Fuera la pasarela! —gritó un oficial de a bordo.

Y los dos hombres se miraron sonriéndose con los ojos. Inmediatamente se vieron rodeados de Ruth, de miss Mercier y del doctor Sordi, los cuales habían estado esperándoles con verdadera angustia. A Ruth, en especial, le temblaban los labios cuando corrió al encuentro de su hermano.

Nicole Mercier se acercó a su vez y preguntó con acento airado:

—¿Dónde se han metido ustedes?

—Hemos querido corrernos una pequeña juerguecilla —contestó Paul, respirando entrecortadamente.

—¡Una juerguecilla! —exclamó la señorita Mercier con acento irritado—. Los señoritos se van a correr una juerguecilla… Y nosotras aquí temblando por lo que hubiera podido ocurrirles. ¡Buenas noches!

Dijo. Y se alejó con nervioso repiqueteo de tacones.

El «Río de Plata» acababa de largar amarras y se separaba de la riba del muelle tirando de la cadena del ancla. Víctor miró suspirando a la brecha acuática que se ensanchaba rápidamente entre él y las piedras, del muelle. Alguien le golpeó suavemente en un codo. Era Sordi.

—Estamos esperando a que ustedes nos cuenten lo ocurrido dijo.

Víctor hizo una seña a Sordi para que le siguiera hasta un lugar retirado y allí le dio cuenta de todo lo sucedido.

—Algo de eso nos figuramos cuando vimos estallar la bomba y escuchamos el ajetreo de la persecución —dijo Sordi—. Fue una verdadera lástima que esa bomba explotara antes de tiempo, porque ahora los egipcios se apresurarán a recorrer el casco de los otros dos barcos retirando las bombas antes de que hagan

explosión. Así, la misión puede considerarse un fracaso.

—No del todo. Al menos hemos dejado fuera de combate a un destructor —contestó Paul Aslan.

El grupo se dispersó, marchando Víctor y Paul a cambiarse de ropa. En el puente encontraron a los pasajeros haciendo corrillos y comentando.

Israel acababa de iniciar una ofensiva en toda regla contra Egipto.

CAPÍTULO V

PAUL ASLAN fue el primero en cambiarse de ropa. Salió a cubierta descubriendo a Ruth Olson acodada en la barandilla. Se acercó a ella lentamente, contemplando con agrado la figura de la muchacha que la luz de la luna perfilaba.

—Temí que se hubiera acostado —susurró junto al oído femenino.

Ella no le había oído llegar. Pegó un respingo y le miró de reojo.

—Pues ya ve… —contestó sin volverse—. Estoy tomando el aire.

—Ruth, yo… —dijo él con alguna timidez— quería rogarle que me perdonara lo que le dije en el café. Ya comprenderá que me vi obligado por las circunstancias…

—No tiene importancia.

Él notó que la muchacha hablaba con un tono de acusada tristeza.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el mecánico con dulzura.

Ella lanzó un hondo suspiro.

—No me ocurre nada, Paul —dijo.

El inglés iba a insistir cuando apareció Víctor en la puerta. Enseguida se les unió.

—¿No ha visto a la señorita Mercier? —preguntóles nada más llegar.

Le dijeron que no. Víctor se quedó pensativo unos instantes. Un gesto de contrariedad se extendió por su rostro.

—Es extraño —murmuró—. Siempre suele salir a estas horas a dar una vuelta…

—Tendría sueño —sugirió Ruth.

Su hermano meneó dubitativamente la cabeza.

—No sé… más bien creo que está enfadada.

Paul Aslan no había apartado su mirada de la americana. Al escuchar las últimas palabras de Víctor, intervino:

—¿Por qué no va a su camarote y se lo pregunta a ella?

Los ojos de Víctor Olson centellearon. Miró al mecánico como si este acabara de hacer un gran descubrimiento.

—¡Caramba! —exclamó—. Es una magnífica idea… ¡Hasta mañana!

Paul Aslan no pudo reprimir un suspiro de alivio al ver marchar a su compañero. Pero de repente, sintió un súbito sobresalto al oír que Ruth llamaba a su hermano.

—¡Espérame, quiero que me acompañes a mi camarote!

Víctor Olson se detuvo y se volvió, sorprendido. Su mirada se deslizó de su hermana a Paul Aslan. El mecánico parecía tallado en piedra. El americano fue a decir algo, pero no llegó a emitir palabra. Se limitó a esperar que su hermana se reuniese con él.

—Creo que le has herido —dijo a Ruth, cuando echaron a andar —. Hasta ahora siempre habéis ido a todas partes juntos…

—Exactamente —murmuró ella secamente—. Tú lo has dicho: ¡hasta ahora! Pero nuestra misión ya ha finalizado. Ya no es necesario seguir este flirt, que si lo he soportado ha sido porque me lo impusisteis.

—Naturalmente —convino Víctor, deteniéndose ante el camarote de su hermana—. Nunca supuse que pudieras llegar a interesarte formalmente por un simple mecánico.

Ella se volvió como picada por una avispa.

—¿Eso, qué tiene que ver? —barbotó. Luego dio media vuelta y se metió en su cuarto, dando un portazo ante las narices de su hermano.

—¡Caray! —murmuró Víctor extrañado—. ¡Hay que ver cómo están los ánimos!

Se encaminó hacia el camarote de Nicole, olvidándose totalmente de su hermana.

Mientras se acercaba iba pensando que su misión había terminado. A partir de ahora podía dedicarse por completo a sus propios asuntos. Los instantes de horror que había pasado en el desarrollo de su misión le habían convencido de que no repetiría

ningún otro acto de heroísmo a favor de Israel ni de ningún otro país.

Llamó suavemente con los nudillos en la puerta. Nicole asomó al corredor. Al verlo, intentó volver a cerrar la puerta. Pero el americano se lo impidió, colocando el pie entre la hoja y el marco.

—¡Por favor! —rogó—. Escúcheme. No se deje engañar por las apariencias… Yo no puedo explicarle cuáles han sido las ocupaciones que me han entretenido esta noche…, pero yo la amo, Nicole.

—¡Váyase! —contestó la joven abruptamente. Y le echó la puerta en las narices.



—¡Váyase! — contestó la joven

4 — Alarma

Víctor se quedó como quien ve visiones. Por segunda vez en solo unos minutos, dos mujeres le habías cerrado la puerta.

No tuvo mucho tiempo para pensar. Segundos después de haber cerrado Nicole Mercier la puerta, esta volvió a abrirse. Víctor contempló el rostro de la muchacha, notablemente transformado.

—¡Cómo! —exclamó ella—. ¿Qué ha dicho usted?

Él la miró desconcertado.

—¡Repita las últimas palabras! —apremió la muchacha.

—Pues que la amo… —comenzó a decir Víctor.

—¡Grandísimo tonto! ¿Y por qué no me lo habías dicho? —exclamó Nicole, distendiendo sus labios en una amplia sonrisa.

—Antes no podía —se detuvo y estuvo unos instantes indeciso—. Mejor será que te diga la verdad.

—¿Sobre la juerguecilla? —bromeó ella.

—¡Olvídate de eso! —rogó—. Piensa solo en que te quiero… cuando creí que jamás volvería a querer a ninguna mujer…

Y le contó lo de Helen Brando. Sin darse cuenta, salió de su boca la confesión de su ascendencia judía. Si creyó que con ello iba a decepcionar a Nicole se equivocó.

—¿Entonces… no me desprecias por ello? —balbució Víctor.

Nicole negó lentamente con la cabeza.

—¡No me mientas! —rogó él, repentinamente excitado—. Un desengaño sería horrible para mí en estas circunstancias.

—Víctor, el que te haya dicho que no me desagrada que seas judío no quiere decir que esté dispuesta a casarme contigo…

—Quieres decir que… ¿me rechazas? —preguntó Víctor, trémulo de emoción.

—Todavía no lo he decidido —susurró Nicole, haciendo un gracioso mohín—. Además, está lo de esa «juerguecilla»…

—Te aseguro… —comenzó a decir Víctor, apasionado.

—No te precipites. Tiempo habrá de explicármelo… ¡Buenas noches!

Cerró la puerta, después de lanzarle una mirada impregnada de irónica alegría.

Víctor se retiró a su camarote y se pasó el resto de la noche pensando en el significado de las palabras de Nicole. ¿Por qué no le dejó explicar lo referente a su escapada de aquella noche? Además, debió contestar enseguida a sus requerimientos, tanto aceptándolo o rechazándolo.

Al día siguiente no pudo hablar con ella. No la encontró por cubierta y no se atrevió a importunarla de nuevo en su camarote. Cuando se retiró lo hizo verdaderamente ofendido con la

muchacha. Se dijo que no volvería a hablarle sobre aquel asunto a menos que ella se lo indicase. Claro que aquella decisión fue válida solo para el transcurso del día, porque por la noche…

El «Río de Plata» se deslizaba sobre las aguas del Canal de Suez. El ambiente que les rodeaba era de eminente peligro. El rumor de que se habían roto las hostilidades entre Egipto e Israel, comenzó a circular por entre el pasaje.

Aquella noche se celebraba un baile de máscaras. Tal vez ideado por el capitán para levantar el ánimo de los pasajeros, bastante quebrantado.

El comando también participó de la fiesta. El doctor Sordi se disfrazó de pirata. Víctor Olson, de Arlequín.

Paul Aslan, de payaso. Ruth Olson, de Mme. Pompadour.

Acudieron al baile. Todo era allí animación. Farolillos de colores adornaban el salón. Guirnaldas de flores y ramas lo atravesaban de parte a parte. Numerosos disfraces daban un colorido alegre a la fiesta.

Víctor Olson intentó descubrir a Nicole Mercier entre las máscaras. Se había enterado por Ruth de que llevaría un vestido de colombina. No tardó en localizarla junto al bar. Charlaba animadamente con un capitán de bandoleros.

«No pienso acercarme a ella hasta que me llame —pensó—. No estoy dispuesto a ser un juguete en sus manos.»

Pero de repente, Nicole se volvió y le sonrió. Inmediatamente, Víctor olvidó todos sus propósitos y corrió al lado de la francesa.

—¿Bailamos? —murmuró.

Ella pareció dudar unos instantes. Víctor creyó que se iba a negar. Pero Nicole Mercier se cogió de su brazo despidiéndose del bandolero con una seductora sonrisa.

—¿Va a darme una respuesta? —preguntó Víctor olvidado de que no le pensaba decir nada.

Ella evitó mirarle a los ojos. Parecía ensimismada en la contemplación de Ruth Olson que estaba sentada en un rincón.

—Vayamos a hacer compañía a su hermana —dijo de repente.

Víctor intentó retenerla por un brazo.

—Por favor, Nicole, contésteme —rogó—. No puedo continuar en esta incertidumbre.

Pero Nicole Mercier no le hizo ningún caso y se dirigió hacia Ruth. Víctor le siguió. Fue entonces cuando notó que su hermana estaba completamente sola. Además, estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—No tengo ganas de bailar —contestó la muchacha sin apartar su mirada de una pareja que estaba bailando y charlando animadamente. Víctor y Nicole reconocieron en el hombre a Paul Aslan.

—¿No te ha sacado a bailar Paul? —se extrañó Víctor—. Claro, ya te dije que anoche se molestó.

Ruth Olson le lanzó una mirada inexpresiva. Luego le volvió la cabeza sin contestar.

—Déjela, Víctor —intervino Nicole—. Estará cansada.

Se alejaron de ella, y se dejaron llevar al compás de la música.

—Encuentro extraña a Ruth —dijo Víctor.

—Pues no es nada extraño lo que le ocurre —murmuró Nicole —. Está enamorada de Paul Aslan.

—¡Imposible! —exclamó Víctor—. Mi hermana no puede querer a un mecánico. Yo no se lo consentiría.

—¿Y es usted el que se quejaba ayer del desprecio que la gente siente hacia los judíos?

Víctor se calló, quedando pensativo. Al fin, murmuró:

—Esto no es lo mismo. Además, no sabemos los sentimientos de Paul. No parece preocuparse gran cosa de Ruth.

Efectivamente, Paul Aslan parecía muy divertido con su pareja. Ni una sola vez dirigió una mirada hacia Ruth. No obstante, hubo un momento en que Ruth se levantó para bailar con un dominó y el mecánico pareció perder toda animación.

—Algo les ocurre a esos dos —dijo Nicole—. Es indudable que están enamorados el uno del otro…

—Usted adivina muy bien los sentimientos de los demás. ¿Por qué no se molesta en leer el suyo y decirme lo que ha descubierto?

—¿Otra vez, Víctor? —rio Nicole—. Está bien. Le voy a dar una contestación. Pero antes ha de prometerme que no se interpondrá entre su hermana y Paul Aslan…

—De acuerdo —murmuró el americano, con los nervios

excitados.

—Pues mi respuesta… —se detuvo. Miró a Víctor, que esperaba anhelante. Se gozó unos instantes en la impaciencia del muchacho. Luego añadió—: Sí… sí, Víctor, le quiero.

Por unos instantes el cuerpecillo femenino casi desapareció entre los robustos brazos de Víctor. La abrazó estrechamente hasta que la joven protestó:

—No sea tan impetuoso. Casi va a hacer que me arrepienta.

—Nicole, amor mío —balbució Víctor, loco de emoción—. No sabes qué feliz me has hecho…

De repente, se interrumpió la música. Todos miraron hacia el tablado de la orquestina en donde acababa de aparecer el capitán del buque. Este avanzó hasta el borde del tablado y se volvió cara al público, extendiendo sus dos brazos, rogando silencio.

—Señores y caballeros —dijo—. Tengo algo muy desagradable que comunicarles… Las autoridades egipcias acaban de subir a bordo. Han venido a nuestro encuentro en misión oficial. Parece ser que tenemos en nuestro barco un grupo de espías judíos. Las autoridades egipcias me han asegurado que no carecen de pruebas y que pronto me las enseñarán. Están registrando los camarotes de los sospechosos… Les ruego que tengan la amabilidad de aguardar todos aquí.

Se oyó un murmullo entre la gente. Víctor palideció tras la careta de su antifaz. Miró a Nicole que le estaba mirando a él. Sintió la tibia manecita de la muchacha deslizarse bajo su brazo. Miró hacia el lugar en que su hermana se encontraba. Paul Aslan se le había acercado y murmuraba algo en su oído. La muchacha señaló con un gesto hacia Víctor. Paul miró hacia allí. La pareja comenzó a acercarse intentando no llamar la atención.

Sobre la espalda de Víctor se posó una mano. El americano dio un respingo y se volvió. Era Sordi. Iba disfrazado de pirata.

—¡Estamos perdidos! —susurró al oído de Víctor.

El americano afirmó con la cabeza. Ruth y Paul estaban ya a su lado. Se colocaron tras él y Paul murmuró:

—Tenemos que decidir algo… y aprisa. En cuanto encuentren nuestros equipos…

En aquel instante entró en el salón un oficial con un equipo de

buceador entre las manos. Se acercó al capitán del «Río de Plata» y habló en voz baja con él. El capitán empalideció. Llamó al sobrecargo y le preguntó algo. El sobrecargo asintió.

El capitán, entonces, se dirigió a los intrigados pasajeros.

—Señores —dijo con extrema gravedad—. Entre ustedes se encuentra un pasajero en cuyo camarote han sido hallados algunos equipos propios para «Hombre-rana». Conocemos la identidad de ese hombre, así como también que tiene tres cómplices por lo menos. En evitación de un incidente desagradable para todos les suplico a este caballero que se presente a mí, haciéndole constar que toda resistencia es inútil y que el salón está acordonado por fuerzas de la Policía Militar egipcia.

Un profundo silencio siguió a las palabras del capitán. Los pasajeros se miraron unos a otros, preguntándose intrigados quién podría ser el citado por el capitán.

Pero nadie se dio por aludido.

—Bien —dijo el capitán, ligeramente incomodado—. Puesto que el señor Olson no quiere presentarse, no tengo más remedio que rogarles a ustedes que descubran sus rostros.

Casi todas las manos se alzaron al mismo tiempo para despojarse de los antifaces.

Nicole Mercier se acercó a Víctor Olson. Cruzaron sus miradas.

El momento temido por Víctor había llegado, pero los ojos de la muchacha no expresaban asombro ni repugnancia, sino pura y nerviosa excitación.

Víctor sintió la necesidad de ofrecerle una aclaración allí mismo, pero desistió de ello al considerar la inoportunidad del momento. No había tiempo que perder si quería salvar la vida de su hermana y la de sus compañeros.

Se volvió hacia Paul Aslan.

—Ha llegado el momento —susurró en voz baja—. Voy a salir corriendo por la puerta del costado de babor. Deben aprovecharse ustedes de la confusión para saltar por la borda y nadar hasta la orilla oriental del canal.

Paul Aslan y Giorgio Sordi asintieron en silencio.

—Adiós, Nicole —murmuró Víctor cogiendo por un brazo a la francesita y apretándoselo.

Ella entreabrió los labios como para decir algo, pero no tuvo tiempo de hacerlo. Víctor la soltó bruscamente y echó a correr abriéndose paso a empujones entre la gente.

—¡A él! —gritó una voz—. ¡No le dejen escapar!

Pero los pasajeros del «Río de Plata» se apartaron a un lado y otro facilitando más bien que impidiendo la fuga de Víctor en dirección a la puerta.

Detrás del joven yanqui, tres soldados egipcios hendieron la multitud de disfraces intentando alcanzarle.

En el hueco de la puerta, dos soldados egipcios cruzaron sus fusiles armados de bayonetas ante el pecho del fugitivo. Víctor Olson se agachó y pasó como un relámpago por debajo de las armas cruzadas, pero tropezó y cayó de bruces cuan largo era sobre las planchas de cubierta.

Un soldado se abalanzó contra él, bayoneta calada en ristre. Víctor Olson se echó a rodar sobre sí mismo y la acerada punta de la bayoneta se clavó profundamente en las planchas de madera del piso.

Mientras tanto, Ruth Olson y sus dos compañeros aprovechaban de la confusión originada por la fuga de Víctor para ganar la puerta de salida del lado contrario. Allí, también, los centinelas egipcios apostados trataron de impedirles el paso.

Paul Aslan disparó su puño derecho contra la barbilla del egipcio de la derecha de la puerta, lanzándole dando traspiés sobre las planchas de cubierta. Sordi cogió el fusil del otro soldado por el cañón y levantó la rodilla, propinando un golpe en la ingle a su enemigo.

El egipcio soltó el fusil para cogerse el vientre y Sordi le dio un golpe en la cabeza con la culata, dejándole tendido en el piso.

Con el fusil capturado entre sus manos, Sordi dirigió la fuga de Paul Aslan y Ruth Olson alrededor del puente en busca de la borda del costado de babor.

A babor, Víctor Olson se incorporaba después de esquivar el bayonetazo de su enemigo cuando brilló un fogonazo seguido del estampido de un disparo de pistola.

Víctor volvióse en redondo a tiempo de ver al segundo soldado de la puerta cayendo de bruces. Detrás del soldado estaba Nicole

Mercier empuñando una diminuta pistola automática.

—¡Nicole! —gritó Víctor.

La muchacha echó a correr hacia él, al mismo tiempo que los tres soldados y el oficial egipcio salían como una tromba por la puerta del salón.

Nicole Mercier llegó hasta Víctor y se volvió en redondo haciendo fuego con su diminuta pistola. Uno de los soldados cayó, pero el resto siguió avanzando. El oficial desenfundaba su revólver de reglamento cuando se escuchó el rápido y agudo tableteo de una metralleta.

Como barridos por una mano invisible, el oficial y los soldados rodaron sobre cubierta a los mismos pies de Nicole Mercier y Víctor Olson. Estos vieron con asombro al escritor Gregory Heston que venía corriendo por el pasillo empuñando una humeante metralleta.

—¡Señor Heston! —exclamó Víctor.

—Pronto, salten por la borda antes que lleguen los demás soldados —les dijo el escritor—. ¡Yo les contendré!

Ruth, Paul y Giorgio aparecieron doblando el recodo a la carrera. Víctor miró al pálido rostro del escritor,

—¿Por qué hace esto? —preguntó.

Gregory Heston disparó su metralleta contra el piso, haciendo retroceder precipitadamente al tumulto de oficiales y pasajeros del barco que salían corriendo del salón.

—Debo una pequeña satisfacción a mi patria y a mi raza —contestó Heston secamente—. También yo soy judío, solo que a diferencia de ustedes me avergonzaba de serlo y jamás me atreví a confesarlo. Necesitaba conocerles a ustedes y presenciar su magnífica gesta para…

Una metralleta tableteó desde la esquina que acababan de doblar Ruth, Sordi y Paul. La descarga, pasando entre el grupo, alcanzó a Aslan en un hombro y a Gregory Heston de lleno en el estómago.

Una horrible mueca de dolor y ferocidad contrajo los músculos del rostro del escritor. Este se inclinó hacia adelante al recibir la rociada de balas, y en esta posición hizo fuego contra el tirador egipcio apostado al final del corredor.

—¡Vamos… apresúrense! —jadeó al dejar de disparar—. No podré resistir… mucho tiempo.

Víctor Olson miró entre sorprendido y admirado al escritor. Luego se volvió haciendo una breve seña a sus compañeros.

—¡Salten! —indicó con sequedad.

Ruth fue la primera en saltar, arrojándose de cabeza al agua. Nicole Mercier la siguió. Paul Aslan se oprimía un hombro con una mano, entre cuyos dedos se deslizaba un hilillo de sangre. Sordi ayudó a Paul a saltar, y él mismo le siguió a su vez.

Una bala rebotó contra la borda junto a la rodilla de Víctor. El escritor se había recostado contra la borda y en esta posición, encorvado sobre sí mismo, seguía disparando ráfaga tras ráfaga de ametralladora.

—Adiós, Heston —murmuró Víctor.

El americano no contestó y Víctor se zambulló desde la cubierta en las frías aguas del canal.

Todavía se escuchaba la metralleta de Heston cuando salió a flote. Luego el ruido fue debilitándose porque el «Río de Plata» se alejaba navegando a media máquina por en medio del canal.

Víctor nadó rápidamente hacia la cercana orilla, alcanzando a Sordi y ayudándole a este a arrastrar a Paul Aslan hasta la escalera de piedra donde Nicole Mercier y Ruth les estaban esperando.

Al final de la escalera estaba la arena del desierto. Paul fue depositado sobre ella y examinado por Sordi al débil resplandor de las estrellas. El «Río de Plata» se había alejado ya mucho. Ningún barco podía detenerse en medio del canal, bajo ningún pretexto.

—La herida no tiene mucha importancia, aunque convendría extraer la bala —informó Sordi.

—No podemos entretenernos ahora —contestó Víctor—. Las tropas que guarnecen el canal no tardarán en emprender nuestra persecución. La herida del hombro no puede afectar las piernas de Aslan, así que vamos andando.

Ayudaron a incorporarse a Aslan. Al reunirse para emprender la marcha, Nicole Mercier apareció junto a Víctor. El joven no había tenido tiempo de ocuparse de ella antes de ahora, pero en este instante se desató en una sarta de maldiciones y recriminaciones.

—¿Por qué no te estuviste quieta en tu cómoda posición de

pasajera neutral? —bramó hecho un basilisco.

—Sencillamente, porque no era un elemento neutral —contestó la muchacha con un relámpago de malicia en sus bellos ojos—. Yo también soy una hebrea.

—¿CÓMO? —chilló Víctor.

—No podía permanecer en el barco sin riesgo de ser detenida a mi vez —aseguró la francesita—. Yo fui el enlace que puso una nota en tu bolsillo y echó otra por debajo de la puerta de tu camarote.

—¡¡NO!!

—¡Sí! —afirmó la joven con sencillez.

—¡TÚ! —exclamó Víctor, asiéndola por un brazo, no sabiendo qué era más grande en él en este instante, si su regocijo o su estupor.

El grupo habíase detenido y todos rodeaban a la francesita con el estupor retratado en sus pupilas.

—¡Y yo que me las daba de Sherlock Holmes creyendo haber adivinado en Mr. Heston la personalidad de nuestro Misterioso enlace! —exclamó Sordi, soltando una carcajada.

—La verdad es que pudiste decírnoslo antes, querida —murmuró Ruth Olson.

—No podía confiarme a ustedes. Sabía que eran personas adineradas, un poco snob y otro poco caprichosas, con más deseos de correr una aventura que exponer sus vidas y ofrecerlas si era preciso por la causa de nuestro pueblo.

Víctor sintió un sordo rencor apoderándose de su persona e impulsándole a abofetear a la muchacha.

—Nosotros —dijo fríamente—, podemos comprender que sintieras cierta prevención al principio. Pero luego de lo de Alejandría e incluso más tarde en Fort Said, creo que demostramos sobradamente lo que éramos capaces de hacer. Seguir manteniendo tu personalidad en el incógnito luego que el secreto carecía de objeto… se me antoja bastante ridículo y no poco ofensivo.

—No veo en qué hubiera podido favorecernos el saber un poco antes que yo era vuestro enlace, querido —murmuró Nicole con entonación cariñosa.

—A mí me hubiera gustado mucho saberlo antes —gruñó

Víctor. Y desasiéndose bruscamente de la mano de la joven echó a andar a grandes zancadas adelantándose al resto del grupo.

Nicole Mercier dio una pequeña carrerilla y alcanzó al muchacho, poniéndose a andar a su lado.

—Muy bien, señor cascarrabias —refunfuñó—. Despáchese a su gusto ahora que estamos solos.

Él la miró furioso.

—¿Por qué no me confesaste que también eras hebrea? —espetó.

—No creí conveniente hacerlo antes de haber dado por terminada mi misión. Además, consideré que tu alegría sería tanto mayor cuando más tardaras en saberlo.

—¡Muy bonito! —gruñó Víctor con acento mordaz—. Yo rompiéndome la cabeza… torturándome con el pensamiento de perderte a causa de mi origen judío… ¡y tú riéndote a mis espaldas de mi angustia y mi temor! ¿Ese el respeto que te inspira el amor que te confesé? ¡Contesta!

Ella se colgó mimosamente de su brazo.

—¡Víctor, qué tonto eres, querido! —exclamó—. ¿Ignoras que a todas las mujeres nos gusta ver sufrir por nosotras al objeto de nuestro amor? Suponte que yo te hubiera confesado de buenas a primeras mi origen judío. Hubieras sufrido menos, es cierto. Pero también habrías ignorado todo lo bueno, lo profundo y lo maravilloso de tu nuevo amor… y es muy posible que nunca llegaras a sentirte completamente desligado de tu fracasado amor con aquella señorita Brando. Esto, sin contar que yo necesité asegurarme de la intensidad y perseverancia de tu cariño antes de entregarte por entero mi corazón.

—¡Hum! —gruñó el norteamericano—. ¿Así necesitabas estar segura de mí? ¿Y yo? ¿Cómo podré estar seguro de tu cariño?

—Nunca lo estarás completamente, querido —musitó ella riendo por lo bajo—. Esa fue la fórmula que empleó mi abuela para tener sujeto a sus faldas al abuelo hasta que ella murió a la edad de ciento y un años.

Víctor Olson rio, ya olvidado de su anterior enfado, y la atrajo hacia sí enlazándola de la cintura.

El acento de Víctor Olson volvía a ser grave cuando habló de

nuevo:

—Nicole, ¿crees posible que podamos llegar hasta Israel atravesando todo el desierto a pie, sin agua y sin víveres?

Y ella contestó:

—¿Por qué no? Nuestro pueblo ya cruzó una vez el Sinaí en busca de la Tierra de Promisión huyendo de los soldados egipcios.

Esto lo decía Nicole Mercier a los cinco minutos escasos de haber puesto su planta sobre la arena del desierto.

CAPÍTULO VI

CUBIERTOS de polvo, sedientos, desfallecidos y desmoralizados, el grupo avanzaba lentamente por el desierto.

Paul Aslan, con grandes círculos amoratados alrededor de los ojos, caminaba penosamente apoyado en los hombros de Giorgio Sordi.

—¡No puedo continuar! —exclamó el herido con voz impregnada de desaliento—. ¡Déjeme aquí! Prefiero morir.

Ruth Olson marchaba en cabeza, con el cuerpo inclinado hacia delante, tapándose el rostro con una mano para preservar sus ojos de la crujiente arena que el viento levantaba en asfixiantes remolinos. Al oír la voz de Paul, ella se volvió.

—¡No, Paul! —gritó—. ¡Debe continuar!…

Pero el mecánico no la escuchaba. Se dejó caer en el suelo, haciendo resbalar sus manos por los hombros de sus compañeros, hasta quedar tendido sobre la arena.

Ruth se abalanzó sobre él, cayendo arrodillada. Le levantó la cabeza y la atrajo hacia sí. Luego miró a Víctor.

—Es preciso que nos detengamos —dijo—. Paul no puede dar un paso más. ¡Si al menos le pudiéramos dar algún alimento…!

Víctor frunció su frente en un profundo pliegue. A través de sus pestañas cubiertas de blanquecino polvo, miró la figura tendida en el suelo. Evitó mirar a Ruth.

—Si nos quedamos aquí, moriremos todos —murmuró.

—¿Y qué nos va a ocurrir si proseguimos? —interrogó alterada su hermana—. Exactamente lo mismo. Desde hace algunos días no hemos probado una gota de agua y nuestros estómagos solo han recibido de alimento unos dátiles medio podridos y cogollos de palmera.

—Dé gracias a que logramos encontrar ese oasis, señorita Olson —intervino Giorgio Sordi—. Imagine usted que estuviéramos todavía sin tomar alimento desde que dejamos el canal, hace cinco días.

Las dos muchachas se estremecieron.

—No hay más remedio, Ruth —murmuró Víctor Olson—. Tenemos que continuar adelante. ¡Quién sabe! Tal vez tengamos más suerte ahora.

—Pero Paul no puede seguir… —insinuó la muchacha.

El enfermo levantó la cabeza y clavó sus calenturientas pupilas en el doctor.

—Sordi —murmuró con esfuerzo—, dígales que no hay esperanza para mí… ¡Dígaselo! No pueden ustedes comprometer su huida, cargando conmigo.

El italiano miró al herido con admiración.

—Lo siento, Aslan —manifestó—. No puedo decir lo que no es cierto. Usted se podría curar si logramos llegar a Israel.

El inglés hizo un gesto de desesperación.

—Conmigo no podrán alcanzar nunca la libertad —insistió—. Soy un estorbo para ustedes.

Hubo un momentáneo silencio, solo interrumpido por los sollozos de Ruth Olson. Repentinamente, Víctor se acercó a Paul Aslan. Con un brusco movimiento se inclinó hacia él. Pasó sus manos por debajo del cuerpo del herido y se lo cargó a su espalda. Comenzó a andar con evidente esfuerzo, tambaleándose bajo el peso del mecánico.

Sordi llegó junto a él.

—Me turnaré con usted —murmuró.

Víctor pareció no hacerle caso y siguió avanzando. Quince minutos más tarde, Giorgio Sordi le relevó. Poco después, al ganar la cima de una duna, Nicole Mercier lanzó un grito:

—¡Miren allá!

Lo que apareció ante sus ojos era un oasis. Las pupilas de los fugitivos se dilataron de regocijado asombro. La expresión macilenta de sus rostros se trocó en otra de esperanza.

—¡Agua! —exclamó Ruth Olson, echando a correr.

Pero en aquel instante, una exclamación de Sordi la detuvo en

su carrera.

—¡Espere! —llamó el italiano—. ¡Miren hacia el otro lado!

Víctor Olson siguió la dirección que señalaba el brazo del doctor.

Una línea de vehículos avanzaba lentamente hacia el oeste, camino del oasis. Los judíos contaron tres camiones de tropas precedidos por un automóvil «jeep».

Los fugitivos retrocedieron apresuradamente escondiéndose a la vista de la caravana.

—¿Creen ustedes que se detendrán en ese oasis? —preguntó Ruth Olson.

Víctor miró hacia poniente. El sol acababa de desaparecer tras un incendio de nubes.

—Seguro que lo harán. Podremos darnos por satisfechos si mañana al amanecer se largan permitiéndonos acercarnos a ese oasis.

—¿Y por qué hemos de esperar a mañana? —sugirió Nicole Mercier—. ¿No podríamos acercarnos durante la noche y tratar de robarles algunas provisiones? Eso podría solventar nuestro problema de abastecimientos.

Una luz de esperanza brilló en los ojos de los fugitivos.

—¿Sabe, Nicole? —exclamó Sordi—. No es mala idea. Podríamos esperar hasta que anochezca y deslizarnos hasta ese campamento sin ser vistos.

Víctor Olson aprobó la idea. Ruth no se separaba de Paul Aslan, y en cuanto a este, parecía ausente de cuanto se hablaba a su alrededor.

En cuanto oscureció, Víctor y Sordi abandonaron el resguardo de la duna y se deslizaron silenciosamente en dirección al oasis. Las estrellas, altas y limpias, iluminaban el desierto con una luz suave y vigorosa. Allá enfrente, entre las palmeras, brillaba el fulgor de una fogata.

Las dos figuras avanzaron sigilosamente, envueltas en sus extraños ropajes que no habían tenido ocasión de cambiar. Al acercarse más escucharon voces. Algunas linternas eléctricas se movían entre la espesura. Los soldados egipcios acababan de plantar tiendas de campaña, disponiéndose a comer.

Víctor Olson y Giorgio Sordi esperaron detrás de los matorrales hasta que fueron aquietándose los ruidos del campamento. El norteamericano consultó su reloj de pulsera. Eran cerca de las once.

—¡Vamos!

Los soldados egipcios dormían en sus tiendas de campaña. Un centinela daba vueltas alrededor del campamento. Como dos repines, los dos comandos se arrastraron entre los matorrales en dirección a los árboles. El centinela se encontraba al otro lado del oasis cuando Víctor y Sordi se incorporaron ocultando el cuerpo tras el tronco de las palmeras.

Víctor esperaba que el centinela pasaría por allí, pero no fue así. El egipcio se acercó a la fogata y tomó asiento sobre el tronco de un árbol. Sacó una cafetera del fuego y se sirvió del humeante brebaje en un recipiente de aluminio.

—Esta podría ser una buena ocasión para atacarle por la espalda —susurró Víctor al oído de Sordi.

—Atacarle, bien. ¿Con qué? —gruñó el italiano.

Víctor Olson miró a su alrededor. No poseía ningún arma, ni siquiera un mal cuchillo. Allí cerca encontraron en el suelo una rama seca y desgajada de una palmera.

—Esto servirá.

Víctor arrancó las hojas secas de la rama. Al querer cortar el bastón a una longitud apropiada al uso que quería darle sonó un fuerte chasquido que hizo volver la cabeza al soldado.

Rápidamente, los dos judíos se agazaparon. El soldado miró en su dirección, pero si realmente oyó el ruido no debió de concederle demasiada importancia, atizó el fuego y siguió tomando a pequeños sorbos su café.

Víctor hizo una seña a Sordi para que le siguiera, y echándose al suelo se arrastró por entre los matorrales sin perder de vista las espaldas del centinela.

Palmo a palmo, los dos hombres fueron acercándose hasta detenerse junto al tronco derribado. Víctor Olson empuñó su bastón e, incorporándose de un salto, lo dejó caer con fuerza sobre la nuca del egipcio.

El soldado cayó hacia delante sin proferir un solo gemido. Cayó tan cerca de las brasas que algunas de estas prendieron en sus

ropas, las cuales empezaron a humear.

Rápidamente, Giorgio Sordi saltó sobre el tronco y se acercó al centinela, apartándole del fuego y apagando las ropas chamuscadas con breves manotazos.

Víctor Olson, mientras tanto, se apoderaba del fusil que el centinela había dejado apoyado en el tronco.

—Vamos, deje a ese —llamó Víctor con voz queda.

Sordi le siguió. Por entre las tiendas de campaña se dirigieron en busca de los camiones. Junto a uno de estos humeaba todavía el fogón donde se guisó la comida. Calderos, desperdicios y una mesa de campaña indicaban ser aquel el furgón del furriel. Olson trepó rápidamente hasta la carrocería del camión, en tanto Sordi vigilaba mirando desconfiadamente en torno.

Sobre el camión, Víctor no solo encontró provisiones en abundancia, sino también numerosos barriles de agua y cierto número de latas de gasolina. La cantidad y surtido de las provisiones allí acumuladas despertó en Víctor Olson el deseo de arramblar con todo. «¿Y por qué no?», se dijo.

Un plan atrevido fructificó rápidamente en su cerebro. Las líneas israelitas estaban lejos, el camino para llegar hasta ellas era largo, y escasos y con toda probabilidad ocupados por los egipcios los lugares donde podrían hallar agua. Los vehículos eran cuatro; tres camiones y un «jeep». Si pudieran inutilizar los restantes vehículos y huir hacia el Este llevándose este camión…

Rápidamente, Víctor brincó de la carrocería al suelo.

—¿No encontró nada? —preguntó Sordi desalentado.

Víctor Olson le dijo lo que había encontrado y lo que había pensado hacer.

—Usted está loco —aseguró Sordi.

—Es posible. Pero lo intentaremos.

Y haciendo a Sordi una seña para que permaneciera en aquel lugar se acercó a los restantes vehículos de la patrulla. Víctor no era un gran entendido en automóviles, pero sabía que arrancando los cables de la distribución y haciendo desaparecer la tapadera del «delco» los egipcios no podrían poner en marcha sus vehículos.

Obrando con diligencia y sumo cuidado levantó uno tras otro el «capó» de los dos camiones y el cochecillo «jeep», quitando las

tapaderas de la caja de distribución y echándoselas en el bolsillo. En el pescante del «jeep», perteneciente sin duda al comandante de la patrulla, Víctor halló una «metralleta» de fabricación francesa, unos prismáticos, una brújula y un cartapacio de mapas que no se entretuvo en examinar. También encontró un número atrasado de cierto periódico de El Cairo, el cual se echó en un bolsillo.

Regresó con su precioso botín donde le esperaba Sordi.

—¿Sabe usted conducir un automóvil? —le preguntó.

El italiano asintió.

—Bien. Suba usted al camión y tome el volante. Yo me situaré arriba del vehículo con la metralleta y tendré a raya a los egipcios si usted no logra arrancar del primer intento. ¿Recuerda en qué dirección quedan nuestros compañeros? ¿Sí? Bien; adelante.

Sordi empuñó el volante en tanto el norteamericano se encaramaba a la plataforma del vehículo y se ponía en pie tras la cabina. Por la ventanilla posterior de este pudo ver a Giorgio Sordi cuando ponía el motor en marcha.

El demarré gruñó, pero el motor no se puso en movimiento. El italiano masculló una maldición en su idioma nativo y volvió a pisar el botón del arranque.

Arriba, sobre la plataforma del camión, Víctor Olson maldijo en voz baja de la torpeza de su compañero. El motor arrancó de pronto con ensordecedor estruendo. Al menos, así se lo pareció a Víctor mientras esperaba ver aparecer a los egipcios.

Giorgio Sordi aceleró, multiplicando el estruendoso ronquido del motor. Puso la primera velocidad.

Una voz lanzó un agudo grito. Brillaron algunas linternas eléctricas que se movían en la oscuridad. De una tienda próxima salió corriendo un hombre en paños menores, tocado con una gorra de oficial egipcio. En la diestra empuñaba una pistola y en la izquierda sostenía una linterna eléctrica cuyo foco dirigió contra el camión

Víctor Olson se echó la metralleta a la cara e hizo fuego. Los proyectiles del arma rasgaron las tinieblas dando con el oficial y derribándole en tierra.

De otras partes del campamento llegaban gritos de alarma y rumor de pasos precipitados. Giorgio Sordi soltó el pedal del

embrague y el vehículo arrancó dando un brusco salto hacia delante. Fue un milagro que el italiano no calara el motor.

Víctor disparó al azar barriendo con sus proyectiles la espesura, sembrando el terror y el desconcierto entre los sorprendidos soldados egipcios.

Tronando y dando brincos sobre los accidentes del terreno, arrollando a un par de hombres y llevándose por delante una tienda de campaña, el camión se deslizó en la oscuridad por entre los árboles y salió a campo abierto corriendo locamente hacia donde habían quedado esperando Paul Aslan y las dos mujeres.

El terror cundió en un principio entre el herido y las dos mujeres que se habían quedado a su cuidado, cuando oyeron la metralleta en el tiritante silencio de la noche.

—¡Les han sorprendido… Dios mío! —gimió Ruth, llevándose las manos a la garganta.

Paul Aslan y la señorita Mercier miraron en dirección al oasis. Fue medio minuto más tarde, al ver brillar los faros de un automóvil que se acercaba a toda velocidad, cuando Paul Aslan dio la primera versión optimista de le ocurrido.

—Esperen. Quizá nuestros amigos se hayan apoderado de un vehículo y vengan hacia aquí en nuestra busca.

—¿Cómo iban a poder apoderarse de un automóvil? —protestó la señorita Mercier.

Pero los fogonazos de unos disparos allá en la linde del oasis y algunas balas que pasaron zumbando sobre sus cabezas salieron en apoyo de la suposición de Paul Aslan. Breves minutos más tarde el camión se detenía al pie de la duna, y una voz alborozada llamaba en la oscuridad sobre el zumbido del motor y las dos muchachas echaban a correr en dirección a la figura que acababa de apearse de un salto desde la plataforma del camión.

—¡Víctor! —exclamó Nicole Mercier, corriendo a abrazar al muchacho—. ¿Cómo habéis conseguido este camión? Temí… ¡oh!

Víctor acababa de coger a la muchacha entre sus brazos estrechamente y le cerraba los labios con un beso. Luego explicó rápidamente, presa de excitación:

—Todo fue muy sencillo. Dejamos sin sentido al centinela, inutilizamos al resto de los vehículos y nos montamos en este

camión emprendiendo la huida. ¡Muchachas, estamos salvados! Con un camión y abundantes reservas de víveres, de agua y de gasolina, no va a sernos muy difícil atravesar el Sinaí y llegar hasta las líneas israelitas.

Dejando a las muchachas junto al camión, Víctor y Sordi escalaron la duna hasta donde estaba Paul.

—¡Vaya! —exclamó el mecánico al tener noticias de lo ocurrido en el oasis—. Esto está muy bien. Quizá pueda salvarme aún, después de todo.

—¿Y se había creído usted que iba a morirse por un indecente agujero en la piel? —protestó Sordi irónicamente.

Entre los dos llevaron al herido hasta el camión, acomodándolo con algún esfuerzo en la plataforma del vehículo, sobre un montón de sacos y encerados.

Mientras tanto, los egipcios habían seguido corriendo tras las profundas rodadas que el automóvil dejó en la arena y algunas balas pasaron zumbando por encima de los judíos, seguidos del estampido de los fusiles.

Víctor dejó a su hermana y a Giorgio Sordi atendiendo a Paul Aslan, cuya herida volvía a sangrar a causa del esfuerzo realizado, y se apresuró a introducirse en la cabina para empuñar el volante. Nicole Mercier tomó asiento junto a Víctor y el vehículo se puso en marcha de nuevo.

En breve, las balas de los enfurecidos egipcios dejaron de constituir una amenaza para los fugitivos que se alejaban a buena marcha.

Cuando el enemigo quedó atrás, Víctor Olson se volvió a mirar a su novia, la cual le sonreía con la boca y los ojos.

—Magnífico, ¿no es cierto? —se rio Víctor.

Ella se corrió en el asiento pegándose mimosa a él. Los papeles que Víctor llevaba en el bolsillo crujieron.

—¿Qué es esto? —preguntó Nicole cogiendo el rollo de papeles y desplegándolos—. ¿Un periódico?

Víctor encendió la lucecilla del techo de la cabina para que Nicole pudiera examinar los papeles.

—Un periódico egipcio con fecha del treinta y uno de octubre. Escucha esto: «Ultimátum de Inglaterra y Francia a Egipto e Israel.

Para que permitan a sus fuerzas ocupar la zona del Canal de Suez. Si no aceptan, las tropas anglo-francesas intervendrán. Egipto rechaza el ultimátum.»

Víctor Olson dejó escapar un largo silbido de asombro.

Nicole Mercier continuó leyendo el periódico en voz alta. Así se enteraron de cómo las tropas egipcias se habían retirado «disciplinadamente» a las posiciones «previstas» de segunda línea. La noticia era muy interesante para los fugitivos, por cuanto hacía probable la proximidad de las tropas israelitas en el caso que estas hubieran continuado avanzando desde la fecha de la publicación del periódico.

Sordi se asomó por el ventanillo de la cabina para ofrecerles alimentos. Nicole aprovechó la ocasión para ponerle en antecedente sobre lo que acababan de leer en el periódico.

El italiano soltó una exclamación de sorpresa.

—¡Eso es magnífico! —exclamó—. Quiere decir qué nuestras fuerzas están avanzando.

Ruth y Paul Aslan quisieron saber de qué se trataba. Sordi se lo repitió. La alegría se apoderó de ellos. El periódico pasó de mano en mano. Los comentarios versaron sobre aquello durante gran parte de la noche.

El camión seguía avanzando bajo la dirección de Víctor. Aunque este insinuó a Nicole que tratara de dormir, la muchacha se negó. Se sentía demasiado excitada para hacerlo.

En la plataforma Ruth y Sordi comentaban también en voz baja para no despertar a Paul, que se había quedado amodorrado por la fiebre. De todas formas aquello ya no tenía importancia; pronto podría ser atendido convenientemente y desaparecería todo peligro para él.

La suerte del comando parecía estar echada. Los pasajeros del camión marchaban convencidos de que habían dejado atrás todos los peligros y amenazas de muerte. El optimismo les embargaba.

No podían sospechar que pronto iban a enfrentarse con un nuevo peligro. Paso a paso, este se acercaba inexorablemente con la llegada del amanecer.

A la salida del sol, Víctor detuvo el camión para trasegar algunos galones de gasolina de las latas al exhausto depósito del

camión. Nicole Mercier se apeó para estirar las piernas y Sordi estaba arriba del camión tendiéndole a Víctor las latas de gasolina. Cuando de pronto apareció volando a ras del horizonte un meteórico avión que marchaba recto hacia ellos.

Un pequeño movimiento de alarma cundió entre los fugitivos, mientras alzaban sus ojos hacia el plateado proyectil alado.

El avión, un caza a propulsión, pasó como un relámpago sobre sus cabezas atronando el espacio con el ensordecedor rugido de su motor. Debajo de las alas, los judíos identificaron la escarapela de las Fuerzas Aéreas francesas.

—¡Un avión «Mystere»! —gritó Giorgio Sordi con júbilo.

El reactor levantó el morro y se elevó casi vertical al mismo tiempo que viraba describiendo un círculo cerrado que le llevó de nuevo al punto del horizonte por el cual había aparecido.

Todo ocurrió con la rapidez propia de los accidentes imprevistos e inesperados. El avión inclinó su proa y picó sobre el camión inmovilizado en medio de la llanura de arena. Relámpagos de llamas anaranjadas pestañearon en el borde de ataque de sus delgadas alas.

Atónitos, paralizados por el horror y el asombro, los judíos vieron prolongarse en el espacio los trazos humosos de las rastreadoras francesas. Un cuádruple reguero de proyectiles avanzó sobre la arena dirigiéndose inexorablemente hacia el camión situado en su ruta.

—¡A tierra!… —gritó Víctor Olson. Y empujando a Nicole al suelo se arrojó él mismo arrastrándola debajo del camión.

Arriba, sobre la plataforma del vehículo, Sordi agitó desesperadamente los brazos en el aire.

—¡Amigos! —gritó—. ¡Somos amigos!

Las balas cayeron silbando y chirriando sobre el camión y alcanzaron al valiente italiano derribándole de la plataforma abajo.

Seguido del trueno ensordecedor de su motor, el reactor pasó por encima de los judíos y se alejó volviendo a elevarse. Víctor miró horrorizado a Giorgio Sordi, el cual había caído al alcance de su mano con el pecho perforado por las balas.

No le cupo ninguna duda de que estaba muerto. Comprendió instantáneamente lo ocurrido. El camión llevaba pintado sobre el

capó la media luna, distintivo de las fuerzas armadas egipcias. El avión de reconocimiento francés no dudó ni un instante en ametrallar al vehículo que suponía ocupado por soldados egipcios. Aquel avión había despegado poco antes de un aeródromo emplazado sobre territorio israelita.

Víctor Olson ignoraba este detalle, el cual no podía consolarle por demás en aquellos trágicos segundos. Rápidamente salió de bajo del vehículo.

—¡A tierra! —gritó al asustado rostro de su hermana que asomaba por encima del lateral de la carrocería—. ¡Rápido, a tierra!

Paul Aslan, que se encontraba en uno de sus raros momentos de lucidez se incorporó tambaleándose. Ruth lo empujó precipitándole por encima de la baranda a tierra. Aslan dejó escapar un gemido de dolor. Víctor asiólo de un brazo y lo arrastró rápidamente por la arena alejándolo del vehículo. Nicole se le reunió cogiendo de las ropas a Aslan y tirando también…

El avión francés había completado su viraje y picaba como un relámpago plateado sobre el vehículo egipcio. Ruth Olson, que se había tirado del camión detrás de Paul Aslan, corrió también hacia donde se encontraban los demás. Por unos segundos no fue demasiado tarde.

Las fatídicas trazaderas venían de nuevo levantando una cuádruple carrera de nubecillas de polvo a través del desierto.

—¡Al suelo, al suelo…! —gritó Víctor arrojándose de bruces en la arena.

Las candentes trazaderas alcanzaron al camión egipcio en el mismo instante que las dos muchachas se arrojaban a tierra.

Hubo una cegadora llamarada acompañada de una terrorífica explosión. Las rastreadoras del caza habían alcanzado las latas de gasolina amontonada sobre el camión. Maderos y hierros retorcidos pasaron como proyectiles sobre los judíos pegados contra el suelo. El caza se alejó seguido del trueno de su reactor. Un momento le siguieron con la vista los jóvenes judíos para volver luego sus atónitas miradas hacia el camión que ardía en medio de una sofocante humareda.

—¡Sordi! —exclamó Ruth Olson, aterrada.

—Es tarde para ayudarle —dijo Víctor con lúgubre acento—.

Estaba ya muerto cuando las balas le derribaron en el suelo.

Una nueva explosión aventó a gran distancia restos humeantes del destrozado camión. El caza francés, después de describir un círculo sobre su víctima, se alejó como satisfecho de su obra. Víctor le estuvo mirando hasta que se perdió tras la línea del horizonte y luego dio unos pasos hacia la chisporroteante hoguera en que ardía el camión.

La intensidad del fuego le impidió acercarse lo suficiente para rescatar el cadáver de Giorgio Sordi. También se habían perdido con el vehículo la provisión de agua, las armas y los alimentos con que habían contado para su fuga.

Excepto por hallarse doscientos kilómetros más al Este y haber perdido a un compañero, se encontraban en la misma angustiosa situación de antes.

Víctor regresó lentamente donde las dos muchachas le contemplaban con mirada interrogante.

—¡Todo se ha perdido! —murmuró el norteamericano con ademán de abatimiento.

—¿Y ahora? —preguntó Ruth.

—Seguiremos adelante —dijo Nicole Mercier con firmeza—. Si nuestras fuerzas han seguido avanzando durante estos días no pueden encontrarse demasiado lejos.

Era una suposición. Una esperanza, aunque remota e injustificada tal vez.

—Bien. No perdamos tiempo —dijo Víctor.

Las muchachas le ayudaron a cargarse a Paul Aslan sobre sus anchas espaldas. Aslan recobró la lucidez que había perdido momentáneamente.

—¡Déjenme! —gimió lastimeramente—. Ya basta…, se lo ruego, por favor.

—¡Cállese de una vez, idiota! —masculló Víctor jadeando bajo el peso del herido.

Siguieron andando en silencio. El sol se levantó rápidamente sobre el horizonte, mortificando a los fugitivos con sus ardorosos rayos. Frecuentemente, Víctor se detenía para descansar. Instantes después, haciendo una leve indicación con la cabeza a las muchachas, reanudaba la marcha penosamente. Paul Aslan deliraba

y entraba en breves períodos de lucidez, alternativamente.

Si hubieran encontrado ramas o algo con que hacer unas angarillas, el transporte del herido no habría resultado tan penoso para Víctor. Pero ni ramas, ni siquiera arbustos podían encontrarse en aquel dilatado e implacable desierto de arena y de polvo.

Mediada la tarde, derrengado, sediento y descorazonado, Víctor Olson depositó a su compañero en el suelo y se dejó caer a su lado mirando con pupilas veladas de angustia hacia el horizonte donde de un momento a otro, o quizá nunca, podían aparecer las avanzadillas de las fuerzas amigas.

—Descansaremos un poco y proseguiremos la marcha después de oscurecido… ¡Este maldito calor!

Los ojos de las muchachas se clavaron anhelantes en la vaporosa lejanía.

—¡Agua! —balbució Paul Aslan.

Irritado, descorazonado y por no oír al herido, Víctor se alejó unos pasos del grupo para ir a dejarse caer en la candente arena. Nicole Mercier se le acercó y tomó cuidadosamente asiento junto a él.

Entretanto, Ruth se inclinaba llorando sobre Paul Aslan.

—Espera un poco, querido…, tal vez encontremos agua dentro de poco.

La dulce voz de la muchacha pareció penetrar y hacer la luz en los embotados sentidos de Paul Aslan.

—Ruth —murmuró el herido clavando sus febriles pupilas en el sofocado rostro de la muchacha—. ¿Por qué?… ¿Por qué hacen ustedes esto conmigo?

—¿Por qué? —exclamó la joven—. ¡Qué pregunta más tonta! ¿Acaso no lo harías tú igual por mi hermano, si fuera él el herido?

—Es distinto. Yo aprecio sinceramente a tu hermano, mientras que él… Creo que incluso le ofende el hecho de que yo me haya enamorado de ti. ¡Yo, un pobre mecánico!

Ruth cerró la boca del herido con la mano.

—No sigas, Paul. No haces mucho honor a mi hermano hablando de esa forma. Él, como yo, ha aprendido grandes cosas durante estos días. No creo que le importe que mi marido sea un simple mecánico, y si le importara… sería igual.

—¡Ruth! —exclamó el herido roncamente—. Pero tú… ¿a ti… no te importa?

—Nunca me importó —protestó la muchacha, haciendo un mohín de disgusto—. Nunca te tuve en menos por ello. ¿Cómo te imaginas que ganó una fortuna mi abuelo? Él también era un hombre de origen humilde.

El herido clavó una mirada de ansiedad en el rostro de la joven. Parpadeó.

—¡No es posible! —dijo. Y añadió—: ¿Entonces… por qué te vi cambiar de actitud cuando supiste quién era yo?

Ruth Olson enrojeció. Hizo un ligero mohín, como si le disgustara hablar de ello.

—Paul —dijo—. Yo creí que tú me sacaste a bailar aquella primera vez porque te sentiste atraído hacia mí. Yo ignoraba entonces que ibas a ser nuestro compañero de aventuras… Sentí una terrible decepción al comprender que lo hiciste obligado por las circunstancias.

—No, Ruth, te equivocas. Yo ignoraba quién eras hasta que Sordi entró y fue a sentarse con vosotros. Fuiste tú quien me atrajo en el mismo instante en que te vi. También yo sufrí una tremenda decepción, porque en aquel punto y lugar en que te supe una millonaria norteamericana comprendí que nunca serías para mí…

—¡Oh, Paul! —exclamó la muchacha arrojándose entre sus brazos—. Sí lo seré, cariño… si tú me lo pides.

—Querrás decir si tengo ocasión.

Guardaron silencio. El sol, al descender hacia el horizonte, les daba en la espalda alargando sus sombras sobre la candente arena del desierto. En este instante, aquellos cuatro seres hambrientos, sedientos y desesperados, sentíanse aterrados en su soledad e insignificancia, perdidos y abandonados de la mano de Dios. De pronto…

Fue Víctor Olson quien al mirar hacia el Este vio primero aquella pequeña columna de polvo.

—¡Una caravana! —exclamó roncamente al tiempo que saltaba en pie de un brinco.

El júbilo, la esperanza y el temor hicieron presa en los debilitados ánimos de los fugitivos. Ya casi no les importaba que

aquella nube de polvo fuera promovida por fuerzas amigas o enemigas. Incluso si se trataba de una columna egipcia, les cabía la esperanza de recibir a manos de ella una muerte rápida y misericordiosa, mil veces preferible a la lenta agonía de la muerte por hambre y por sed en aquel desierto por donde Moisés y sus huestes vagaron durante años antes de encontrar la Tierra Prometida.

—Víctor —susurró Nicole Mercier yendo a pegarse contra el atlético mocetón—. ¿Crees tú que serán israelitas… o egipcios?

—Quienes sean, pronto lo sabremos. Vienen rectos hacia aquí.

En efecto, al tiempo que crecía la nube de polvo, iban haciéndose perceptibles a simple vista una fila de pequeños puntos de color terroso que aumentaban de tamaño al acercarse.

Eran vehículos; vehículos motorizados, naturalmente.

Los jóvenes se reunieron en apretado grupo. Quizá en ningún momento como en aquel sentiánse unidos más fraternalmente frente al peligro y la incertidumbre. Carecían de armas para defenderse, y ya no les quedaban fuerzas ni deseos de seguir huyendo. Lo que fuera de uno sería de todos; estaba decidido.

La columna avanzaba con rapidez a través del desierto. Pronto fueron perfectamente visibles las siluetas de media docena de carros blindados que marchaban en descubierta a vanguardia. Seguían un poco rezagados algunos automóviles «jeep». Detrás venían, levantando una polvareda terrible, una formación de tanques. Más lejos se entreveía a través del polvo una larga fila de camiones…

Nicole Mercier apretó en silencio la mano de Víctor Olson. Se miraron a los ojos. Cuando volvieron a mirar hacia la caravana al cabo de unos minutos, los carros blindados estaban tan próximos que ya era posible distinguir el emblema de los banderines triangulares que ondeaban en las altas y cimbreantes antenas de la radio.

—¡Son nuestros, Víctor! —chilló Nicole Mercier pellizcando nerviosamente en el brazo del norteamericano—. ¡Es una columna blindada israelí!

Víctor Olson sintió flaquear sus fuerzas. Las rodillas se le doblaban a efectos de la emoción. Tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para sostenerse en pie y no caer de rodillas ante los

sorprendidos ojos de los carlistas israelitas que asomaban sus cabezas tocadas con cascos de cuero y auriculares por la abertura de las torrecillas giratorias de los vehículos.

—¡Amigos! —gritó Nicole Mercier echando a correr al encuentro del primer blindado.

Una puerta de acero se abrió y un oficial israelita saltó a tierra. Nicole corrió hasta él, le echó los brazos al cuello y le abrazó depositando dos rápidos y sonorosos besos en las curtidas mejillas del estupefacto oficial.

—¿De dónde diablos salen ustedes con esta facha? —preguntó.

Los comandos vestían todavía los ropajes, sucios y desgarrados, que se pusieron la noche en que tuvieron que huir del buque en mitad de un baile de máscaras.

Algunos minutos más tarde, los cuatro derrengados comandos estaban contando sus aventuras a un apuesto coronel del moderno y bien pertrechado Ejército israelita Y poco después de anochecido, ocupando las confortables literas de una ambulancia, las dos muchachas y los nos hombres emprendían viaje a través del desierto hacia un hospital de retaguardia.

En este momento jubiloso, cuando las Fuerzas Armadas israelitas avanzaban victoriosas por el desierto de Sinaí y se encontraban en ruta hacia la nueva patria de vuelta de sus azarosas aventuras, solo un dolor afligía a Víctor Olson.

Giorgio Sordi, el voluntarioso italiano de ascendencia juma, no se encontraba con ellos para gozar de la gloria de su triunfo.

FIN



No-Face, el peligroso asesino por cuya cabeza se ofrecía una verdadera fortuna, miró pensativamente a sus hombres

—Habrá que liquidar cuanto antes a ese perro —murmuró

¡Un can era la única pista que Rex Kendall podía utilizar para desenmascarar al abigeo!

¡LIQUIDEN A ESE PERRO!

es una novela emocionante como pocas, escrita por el famoso

KEITH LUGER

con la habilidad y maestría características de este autor

¡LIQUIDEN A ESE PERRO!

Una acertadísima selección de

COLECCION BUFALO EXTRA

que muy pronto saldrá a la venta

Precio de venta: **6 ptas.**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Alan Ladd

N.º 643 Nacido en Hot Springs (Arkansas), en 1913 y casado con la ex actriz Sue Carol, Alan ha alcanzado renombre a través de "China", "Raices profundas", "Rebelión en el fuerte" y "La novia de acero" entre otras.

Foto PARAMOUNT PICTURES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: $ 4